

Safari al Noroeste Argentino

Texto y fotos por: Alejandro Earnshaw
Aportes de Nicolás Earnshaw
Copyright 2000

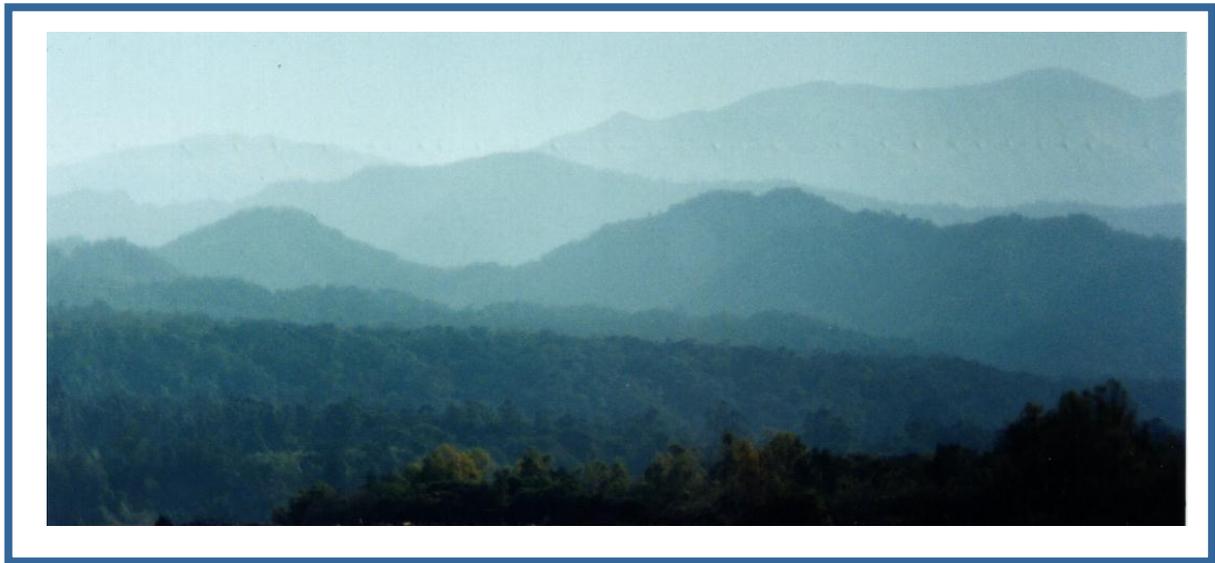
En este relato vuelco mi experiencia personal de un magnífico "Safari" a Jujuy, organizado por Aves Argentinas (la conocida "Asociación Ornitológica del Plata", o AOP) en Julio de 2000. Pasamos 4 días en las exuberantes selvas de montaña, o "Yungas", del Parque Nacional Calilegua, y luego dos días en la árida Quebrada de Humahuaca, visitando lagunas en la alta puna. El objetivo principal del viaje era efectuar avistamiento de aves.

Este artículo consiste en dos partes:

Parte 1:

El relato del viaje, con descripciones e impresiones, anécdotas y vivencias. Todo sobre el itinerario y datos sobre los lugares visitados. Algo de aves también.

Parte 2: Específicamente referido a las aves observadas. Las más comunes, las más raras y las más hermosas. Dónde, cuándo y como las avistamos. Otros animales también.



Las selváticas serranías de Calilegua

Parte 1

Capítulo 1 - El Viaje a Jujuy

Sábado 21 de Julio de 2000 a las 8:45

El viaje empezó realmente cuando el micro contratado zarpó de la parada en San Isidro. Pero para nosotros, mi hijo Nicolás y yo, había comenzado mucho, mucho antes: cuando escuchamos por primera vez acerca de las selvas del noroeste, las "Yungas", y cuando oímos sobre la extraña avifauna de las alturas puneñas. Hace años que soñábamos con visitar esos destinos tan extremos. Deseábamos un día poder llegar...

El viaje se había confirmado pocos días antes de la fecha de salida, así que el tiempo para hacer los preparativos fue corto, pero en definitiva, habíamos llegado a la parada antes que el micro, y eso era lo importante. Sin embargo, faltaba hacer un repaso serio de la avifauna, lo cual nos hubiera permitido aprovechado aún más el viaje. Así que el aprendizaje lo haríamos en vivo, durante la semana que duraría la excursión. ¡Una semana de grandes descubrimientos! Y a medida que se acercaba la fecha, encandilados por la perspectiva de conocer los imperdibles destinos que proponía este "safari", dejamos volar la imaginación en un deleite virtual, anticipando las muchas especies que veríamos. En nuestros sueños materializábamos las aves más raras y presentíamos encuentros cercanos con Jaguares y serpientes venenosas...

Cargamos el equipo necesario en las bauleras del ómnibus, ocupamos nuestro lugar, y el micro comenzó a rodar por la Ruta Panamericana, saliendo de la gran urbe de Buenos Aires en dirección hacia el noroeste.

Dejaba atrás por una semana a mi esposa y dos hijas, a quienes no les atraía realizar esta expedición en campamento, que amenazaba ser algo incómoda y cansadora. Pero la perspectiva de conocer nuevas áreas naturales, su flora, su fauna - y en especial sus aves - permitió que Nicolás y yo nos decidiéramos a afrontar esas supuestas incomodidades de unos días en carpa. La intensa pasión que sentimos por nuestro hobby nos permitiría desafiar eventuales inconvenientes sin chillar.

En el micro éramos unas 30 personas, incluyendo los safaristas, 2 guías, cocineros y choferes. El grupo era de lo más heterogéneo y de diversas edades, pero la mayoría compartía el mismo

interés por la flora y fauna, así que la convivencia armónica estaba garantizada. Los guías eran ni más ni menos que el biólogo Germán Pugnali y el naturalista y fotógrafo Hernán Rodríguez Goñi. Conocía ya a algunos de los safaristas, en particular a Zully, Diego, Kini, Fede - esta vuelta acompañado de su hermano - y a Federico, quien estrenaba su nueva filmdora de video; con ellos había compartido el viaje a Misiones en Julio '99.

Siendo mi primer viaje al noroeste tuve que aprender el itinerario: Panamericana hasta Rosario, luego un largo tramo por la Ruta Nacional 34, atravesando en diagonal a las provincias de Santa Fe y Santiago del Estero, siempre hacia el noroeste. A partir de Santiago tomaríamos rumbo al norte, pasando por Tucumán, Salta y finalmente entrando en la provincia de Jujuy. Serían aproximadamente 1.650 km a cubrir en 22 horas de viaje y me llevaría por 4 provincias que no conocía.

Mientras el micro avanzaba por la interminable Ruta 34, en aparente movimiento perpetuo, los pasajeros pasamos el tiempo leyendo un instructivo sobre las selvas que conoceríamos a partir de mañana. En 3 oportunidades nos detuvimos para abastecernos de refrescos. Almorzamos y cenamos en los típicos paradores ruteros, a veces repletos de viajeros, a veces desiertos, pero siempre con la pantalla de un televisor a la vista. No advertí entonces que sería la última vez que vería la "caja boba" por el lapso de una semana.

Cruzábamos la provincia de Santa Fe cuando observé algo interesante al costado del camino: entre la ruta y el alambrado del ferrocarril, que corría paralelo a ésta, se disponía una franja de tierras sin uso de más de 50 metros de ancho. Su longitud era infinita, por que se extendía todo a lo largo de la ruta. Esta franja era el espacio que la concesionaria de mantenimiento del camino había, evidentemente, decidido utilizar para demostrar su alto nivel de servicio en el cuidado del pavimento. Así, la franja había caído víctima de un prolífico desmalezamiento, que segaba toda especie vegetal que osaba superar la altura de las cuchillas cortadoras. Daba pena ver tanto espacio que podría estar volcado a facilitar la supervivencia de la flora y fauna nativa, que mal puede subsistir en

potreros arados y cultivados. Había un elemento de contraste más que evidente: del otro lado de la franja convertida en césped, paralelo a la ruta, corría el ferrocarril. Y en el espacio entre los alambrados que demarcaban las vías, crecía la más increíble variedad de vegetación silvestre: arbustos, arbolitos, cactus y palmeras. Y posadas sobre ellas se observaban aves muy particulares de estos bosquecitos, tan "chaqueños". El ferrocarril conformaba entonces un angosto "corredor verde". No costaría nada ensancharlo, dejando que la vegetación invada parte de la mencionada franja. ¡Que oportunidad pierde la concesionaria de anunciar prácticas que cuidan al medio ambiente y favorecen la supervivencia de nuestras especies autóctonas!

En algunas extensiones había fuego en los bosquecitos nativos. He oído que hay gente que quema estos árboles para "fabricar" carbón. ¿Plantarán nuevos ejemplares para compensar las pérdidas? ¡Claro que no! ¿Esta práctica está permitida? Dudosamente... ¿De aquí a 5 años quedará algún árbol en pie para que les permita subsistir con la misma actividad? ¡Seguro que no!

En otra parte del recorrido, próximo a la frontera con la provincia de Santiago del Estero, una enorme laguna extendida a ambos lados del camino brindó todo tipo de aves acuáticas. Al oscurecer vimos un par de videos y más tarde nos detuvimos para cenar en un parador en las afueras de Santiago del Estero. Luego algunos durmieron, y otros, entre los que me incluyo, no.

A eso de las 2 de la mañana pasábamos la extensa ciudad de Tucumán, y mi insomnio me llevó a acercarme al frente del micro. El chofer me invitó gentilmente a ocupar la butaca del copiloto. Desde allí observé pasar la versión nocturna de una gran ciudad que desconocía por completo. Pero, en un momento, y a pesar de la oscuridad, advertí que mirando hacia el oeste no se divisaba horizonte, sino una gran cadena montañosa de dimensiones descomunales. ¡Éstas eran montañas altas, muy altas! Eran parte de la Cordillera de los Andes. ¡Al fin nos encontrábamos de nuevo! La masa montañosa era oscura, y sobre lo alto de los cerros se advertía una fina cadena de luces que parecía una cinta de perlas brillantes. No resistí la emoción del paisaje nocturno y abandoné la privilegiada butaca para despertar a mi hijo y mostrarle, conmovido, las alturas. ¡Costó despertarlo! Luego volví a la butaca, y seguí viendo pasar kilómetro tras kilómetro de camino, hasta que al fin sentí sueño.

Mi insomnio tenía un motivo. En Buenos Aires había subido al micro convaleciente de una gripe, y quedaba la secuela de un dolor de garganta rebelde, que muy lentamente perdía vigor. Confía en que la quietud forzosa que imponía el viaje en micro, sumado al consumo a saturación de pastillas aliviadoras, completaría la cura. Pero, como dice el refrán: "salí de Guatemala y me metí en Guatepeor": en la primera parada del viaje, en San Nicolás, tropecé y me torcí el pie derecho, fuertemente. Comenzó a doler. Durante el resto del trayecto viví aterrorizado por la aparentemente inevitable consecuencia del accidente: ¿Tendré que pasar los próximos días prostrado, sin poder recorrer el Parque Nacional?

A fin de contener la inflamación de la articulación, y para bajar el creciente dolor de mi tobillo, en cada una de las siguientes paradas conseguí una bolsita de hielo. Mantuve mi tobillo frío durante toda la noche, colocando trozos de hielo dentro de mi media estirada, la cual funcionaba perfectamente como "bolsita contenedora". A causa de mi ansiedad en apurar la cura, resolví aplicar el frío de la manera más intensiva. Contra toda indicación razonable, desistí de utilizar una bolsita de plástico para contener el agua. Así que alimenté al mencionado "bolsillo" con cubito tras cubito de gélidos bloques, que se derretían y mojaban la media, extendiendo así su poder de refrigeración. El entusiasmo que ponía en mi improvisado método de cura no me permitía reconocer el dolor causado por el extremo frío del hielo tocando "en vivo" contra la piel.

Pero con el pasar de las horas noté que el hielo se derretía cada vez más lentamente, lo cual daba cuentas que mi tobillo estaba, creo yo, ¡más frío que el hielo mismo!

Gracias a esto, y a unas pastillas desinflamantes adquiridas en una farmacia de turno a las 6:15 de la aún oscura madrugada en la Ciudad General San Martín, Jujuy, permitieron que, al llegar eventualmente al camping, mi pie no doliera más. Tampoco me molestó en absoluto durante el resto del viaje, permitiéndome realizar todas las caminatas.

Pero antes debía obtener esas pastillas...

Me desperté antes del amanecer, cuando el micro se detuvo en un centro urbano para abastecerse de pan para nuestro primer desayuno en el campamento. Pensé que era mi oportunidad para adquirir un medicamento desinflamante. A una cuadra

había una farmacia, pero estaba cerrada. El cartel colocado en la puerta de vidrio daba cuenta de otras 3 farmacias que estaban de turno. Con la ayuda de Germán Pugnali averiguamos que la farmacia abierta más próxima estaba a 6 cuadras. Me aventuré a caminar hasta allí - rengueando, claro. Pero las cuadras eran más largas que lo habitual, y hacía mucho frío. Caminaba con dificultad y estaba tardando mucho en recorrer la distancia prevista, pero por sobre todo, mi tardanza estaba demorando a toda la comitiva. Mi única distracción reconfortante era pensar en los mil y un desquites que se merecía Pugnali por haberme largado a la fría noche a pie, invalido y engripado. En un momento me di cuenta que desconocía el nombre de la ciudad que recorría. ¡Ni siquiera sabía en cual provincia estaba! ¿Encontraré la farmacia? Me invadió una extraña sensación de incredulidad. ¿Qué hacía yo aquí y a esta hora?

Faltaba recorrer de la mitad del camino cuando, sorpresivamente, pasé frente a otra farmacia. ¡Y estaba de turno!

¡Dichoso de mí! ¡Hoy era mi día!

Toqué el timbre con insistencia, y finalmente apareció el muchacho que hacía la guardia, evidentemente arrancado de su perezoso sueño. Compré el medicamento que me sugirió (pero sólo después de estudiar cuidadosamente el prospecto, a la luz de una lámpara de mercurio callejera). Rengueando, frío y avergonzado de haber hecho esperar al micro, llegué de vuelta a la comodidad y calor del vehículo pasadas las 6:30, siendo aún de noche. Algunos safaristas estaban despiertos, pero los demás se hacían los dormidos. ¿Por que estoy convencido de ello? Es que nadie se iba a animar a decirme lo que era por demás evidente: la tercera farmacia de turno estaba, ni más ni menos, que al otro lado de la calle, fácilmente visible desde las ventanillas del micro...

¡Pugnali...!



No todo iba a ser fácil en Calilegua... Nico y Fede logran cruzar el río San Lorenzo

* * *

Capítulo 2 - El Campamento

Domingo 22 de Julio de 2000 a las 8:00

Antes que amaneciera, dejamos la ruta principal para internarnos unos pocos kilómetros hacia el oeste por un camino de tierra, para llegar hasta la entrada del Parque Nacional. Mirando por las ventanillas delanteras veía como la densa vegetación que bordeaba el camino demarcaba un estrecho túnel. Nos abríamos paso lentamente por este caño de vegetales, iluminado por los fuertes faros. El parque estaba cerca, y presentía como la misteriosa selva devoraba a nuestro vehículo. Esperaba en cualquier momento la sorpresiva aparición del Jaguar que había imaginado. Pero desconocía que a ambos lados de este camino demarcado por arboles ya no quedaba selva: solamente había estériles plantaciones de caña de azúcar.

El avance fue muy lento, para no causar daños al gran ómnibus, pero finalmente llegamos al destino. Pudimos leer, incrédulos, el ansiado cartel: **"Bienvenidos al Parque Nacional Calilegua"**. Nada hubiera superado nuestro asombro y emoción – a no ser **"Bienvenidos al Parque Jurásico"**.

Pronto cambiaría radicalmente la actividad del grupo. Moviendonos como osos que salen perezosamente de su letargo invernal, nos pusimos calzado y abrigo, buscamos las mochilas dispersas en asientos vecinos y guardamos los enseres utilizados durante el viaje. Mentalmente nos preparamos para comenzar la vida de campamento.

Las puertas del mico se abrieron. La procesión bajó y miró. Respiramos el fresco aire Yungueño. Las bauleras también se abrieron, y comenzamos todos a ayudar con la descarga de su variado contenido: bolsa de cebollas por aquí, carpas y bolsas de dormir por allá, gigantescas ollas, garrafas, mesita, banquitos, bolsa de naranjas, carpas y más carpas. Y la guitarra. Todo fue apilado en una camioneta que realizó varias veces el corto trayecto desde la playa de estacionamiento hasta el sitio de acampe, a unos 300 o 400 metros. En uno de estos viajes el montón de objetos cargados era tan inestable que Germán tuvo que acompañar la carga oficiando de efectivo "pulpo humano".

El montón de mochilas y carpas yacía ahora en una gran pila en el centro de la zona de acampe. Quince minutos después casi todo había sido reclamado por sus respectivos dueños, quienes se decidían por un lugar adecuado para la carpa.



Pugnali: ¡El Pulpo Humano!

El espacio de acampe era un terreno libre de vegetación, salvo algunos arboles aquí y allá. Esta superficie casi plana ocupaba más de media manzana. Por el sur bordeaba con un precipicio de unos 15 metros, que brindaba una magnífica vista al río San Lorenzo. El reducido cauce corría en un gigantesco valle tapizado de piedras bien redondeadas, y de 300 m de ancho. Hacia el este existía una "punta" de terreno, preferida por varios acampistas para hacer base, y que brindaba otra vista dominante de la confluencia del arroyo Aguas Negras con el mencionado río. El resto del perímetro estaba cerrado por una tupida pared vegetal. ¡Allí comenzaba la selva!

Aproximadamente en el centro del predio estaba el fogón y tres mesas de madera con banquetas. Cerca de allí se instaló la gran "Carpa Cocina". Todo este sector pronto pasaría a ser nuestro lugar de encuentro social, donde compartiríamos las comidas, las charlas y oíríamos los anuncios organizativos.

En uno de los flancos más elevados estaban las instalaciones sanitarias, construidas en material: adentro los baños, y afuera 4 piletas para lavar los platos. Aquí estaban los bidones con agua potable. No había agua caliente ni tomacorrientes.

Nos quedaríamos en este lugar durante cuatro noches, lo que nos daría más de cuatro días completos para recorrer el parque. Luego, el Jueves, partiríamos hacia Tilcara.

Recordaré siempre esa primera vista matinal, mirando hacia el sudoeste desde la barranca que daba sobre el ancho y pedregoso valle del San

Lorenzo. El sol, que comenzaba ya a asomar sobre los cerros ubicados a mi espalda, pintaba las distantes colinas y montañas selváticas de verdes y dorados. La llegada de la luz diurna al valle creaba un gran contraste lumínico: más cerca estaba la fría oscuridad de las partes aún en sombra, y más lejos, la intensa y enceguecedora claridad donde daban los rayos directos. Al elevarse el sol, los sectores iluminados del valle se acercaban, desplazándose lentamente sobre las piedras multicolores. Daba la impresión que manos invisibles estaban retirando una gran colcha gris oscura, exponiendo ahora las piedras que quedaban tan intensamente iluminadas que se veían casi blancas, apenas tonalizadas de lilas y rosas.

El rio San Lorenzo desde el camping



Pero el campamento, húmedo y frío, aún estaba en zona de sombra. Costaba dejar la seductora calidez visual del paisaje, pero debíamos ocuparnos ahora de la carpa...

Tras deliberar con mi hijo, elegimos un sitio bastante plano. Nos adueñamos entonces del lugar. Por cuatro días éste territorio sería nuestro, y solo nuestro. Acercamos nuestro equipaje a la nueva base, apilando los bultos desprolijamente, y comenzamos a tender la carpa. Había transcurrido ya un año desde que la pusimos por última vez, en Misiones, y al comenzar el tendido recordé con emoción aquella oportunidad.

La carpa era un clásico modelo "canadiense", a dos aguas, baja, angosta y corta. No sería problema armarla, pero no entendíamos cómo cabría esa inmensa pila de equipaje, cuyo volumen parecía duplicar el espacio interno de la carpa. ¡Y mejor ni pensar como iban a entrar aquí sus ocupantes! Comenzamos a introducir los enseres, redoblando el ingenio para encontrar un orden o secuencia de inserción que funcione. Pero tras varios intentos de resolver este rompecabezas tridimensional, abandonamos. La única solución posible sería estibar una parte importante de nuestro equipaje - aquello que tendría menos uso - en la

"carpa cocina". ¿Cuánto dejamos ahí? Digamos... ¿Tres valijas?

No obstante haber logrado esta asombrosa ganancia de espacio a total beneficio de los ocupantes, no quedó mucho lugar libre. La vida en el confinado interior puso a prueba reiteradamente nuestra resistencia a la claustrofobia. Limitado por paredes de paño que se resistían a ceder, por una altura del techo más apropiada para duendecitos, y acosados por montones de artículos, todos categorizados como "vitales" y "prioridad uno", el acalambrado interior de la carpa se convirtió en un permanente barullo. Cuando no estábamos durmiendo, seguramente estábamos revolviendo entre montones de prendas en busca de tal o cual parte del mobiliario. Sin exagerar, cada vez que nos propusimos buscar un artículo allí dentro, el contenido de la carpa parecía convertirse en fluido, en tanto que nuestros frenéticos movimientos de brazos daban comienzo a un violento torbellino, similar al que ocurre en el interior de un lavarropas con tambor de carga horizontal.

La tenue luz interior tampoco ayudaba: "¿Viste mi polar?" "No, pero aquí está el desodorante que buscamos desde hace días". De noche, la oscuridad dificultaba aún más la búsqueda, sobre todo cuando lo que buscábamos era justamente la linterna... "¡¡¡Dónde está la linterna!!!". Cada vez que salíamos de la carpa debíamos montar un intrincado y tedioso procedimiento, más complejo que el utilizado por astronautas en cápsula espacial: "Voy a salir afuera, así que corré tu bolsa, pásame mi campera, teneme mis binoculares, mové tu mochila y el buzo, tirá la otra mochila para atrás, no aplastes la cámara, cuidado con ese tenedor, tené esta media y a ver si puedo salir ahora..."

*

Una vez que la carpa quedó tendida, y mientras intentaba acomodar nuestro vergonzoso "patio", observaba pequeños pajaritos que se acercaban confiados a las carpas vecinas. Todos eran especies que nunca había visto antes. ¡Ya quería ponerme el gorro de ornitólogo!

Reconocí fácilmente y por primera vez al Arañero Corona Rojiza, un pequeño pajarito confiado, de colores impactantes, y sumamente frecuente en Calilegua. A pesar de la infinidad de veces que lo vimos durante esa semana, nunca me dejó de atraer la alegría de sus movimientos y el vistoso colorido compuesto de tonos bien saturados.

Sin embargo, sabía que no me esperaba una jornada fácil: entrar en contacto con tantas aves nuevas y desconocidas, tratando de recordar todo lo visto, iba a poner seriamente a prueba mis defensas anti-estrés. Pero me alentaba un canto que escuchaba repetidamente y que conocía bien: el de un Chinchero, que trepaba en espiral por los troncos de los árboles del camping.

Aún no eran las 9:30 de la mañana y ya nuestro heroico cocinero, Facundo, había preparado el desayuno. El café calentito vino muy bien, y supimos evitar de quemarnos al tomar del tazón de chapa, y de evadir los espantosos grumos que deja la leche en polvo cuando no se sabe bien como

prepararla. Acompañamos con deliciosas rodajas de pan con manteca y dulce.

Celebrábamos el triunfo de tener la carpa armada, pero no nos podíamos dormir en los laureles, por que los guías convocaban ya a los inquietos aficionados a iniciar la primera recorrida ornitológica, aprovechando la mejor hora matinal.

Pero antes debíamos volver a la carpa para buscar diversos enseres: repelente de insecto, cámara, rollos de foto, etc. Pero... ¿Dónde estarán? ¿Los hallaríamos sin demora? Para resolver en tiempo récord semejante desafío de búsqueda en el amontonado interior no quedaba otra que utilizar "Centrifugado"...



Paisaje de selva entre Mirador y Mesada de las Colmenas (Totoritas)

* * *

Capítulo 3 - Caminatas

Domingo 22 de Julio de 2000 a las 9:45

Ya estábamos preparados para la primera salida, con los binoculares al cuello. Una miradita por el campamento indicaba que los demás integrantes listos para zarpar eran, sin lugar a dudas, verdaderos ornitófilos. Cada uno iba ataviado con su inseparable y particular parafernalia que lo acompañaba desde hace años en sus salidas: gorro ornitológico, chaleco ornitológico, mochila ornitológica... Así, al oír la orden de partida de nuestro líder, comenzamos la marcha. Haríamos el corto trayecto hacia el estacionamiento, y de allí ascenderíamos por el camino hasta llegar al "Mirador", a unos 100 m más arriba.



Paisaje de selva y montañas

El zigzagante camino de tierra atraviesa todo el parque en dirección general hacia el oeste, y constituye prácticamente la única vía razonable de desplazamiento, dado el escarpado relieve y la densa vegetación. Por suerte, la mayor parte de este inmenso Parque Nacional es prácticamente inaccesible, lo cual ayuda a preservar la fauna. El camino asciende por las húmedas laderas orientales de estas Sierras Subandinas, pasando por un puesto de Guardaparques en "Mesada de las Colmenas" (km. 13 a 1.150m) y abandona el Parque a gran altura, en un paraje conocido como "Monolito" o "Abra de Cañas" (km. 23 a 1.700m). Nuestra intención era llegar a recorrer la totalidad del camino en estos cuatro días, hasta la altura máxima.

El objeto de la caminata era identificar aves. A lo largo del camino estaríamos atentos a reconocer las diversas especies que el azar y la suerte nos regalarían. Desde luego habría muchas aves que serían comunes, pero siempre había que estar atento a las variedades infrecuentes, por que sería posiblemente la única oportunidad que tendríamos para verlas. Debido a la enorme diversidad de especies, y siendo que algunas de ellas son muy

parecidas entre sí, los especialistas no pasaban por alto un solo pajarito: cada ser alado era examinado minuciosamente, por las dudas se trate de una especie "rara". En algunos casos la identificación correcta requiere de gran conocimiento y agudeza visual, al haber especies muy parecidas entre sí. Entonces se recurría a comparar sutiles rasgos diferenciales. La posibilidad de aplicar en el campo tal refinado nivel de conocimiento le aportaba a los especialistas la mayor satisfacción. Y en algunos casos, cuando aparecía una duda, provocaban interesantes discusiones tendientes a consensuar los criterios. Para Nicolás y para mí, todo esto formaba parte de un deleitoso "curso al aire libre".



¡Observe!

Por suerte habíamos optado por no llevar las camperas, ya que pronto comenzó a templar, y un poco más tarde llegaría a hacer un calor apreciable. Durante un par de horas anduvimos a paso lento por el camino de tierra, con frecuentes paradas para observar aves, y también para disfrutar hermosas vistas de la selva. A veces la vegetación comenzaba al mismo nivel del camino, a veces en la cima de altas paredes de roca, y otras veces se zambullía hacia abajo, deslizándose por precipicios y empinadas laderas. Esta fuerte variación del relieve permitía observar la selva tanto desde abajo como desde arriba. Como muchas aves ocupan determinados estratos de la vegetación, (por ejemplo algunas viven en la copa de los árboles, y otras recorren por el suelo), el camino servía entonces como andamiaje de características ideales, ya que, con total comodidad, nos permitía observar en forma simultánea el dosel y el sotobosque.

En algunas curvas mágicas se presentaban fabulosos panoramas, bellísimos paisajes aéreos de la

selva de montaña. Se divisaban loma tras loma de vegetación tupida y verde que, por efecto de la distancia, viraba imperceptiblemente hacia tonos más azulados y grisáceos - pero siempre impresa por la inconfundible textura de la arboleda. Algunas lomas se extendían hacia arriba, constituyendo verdaderas montañas ¡Qué espléndido!

Y sin embargo, ¡cuánto mejor sería este paisaje si por ese gigantesco espacio alfombrado de selva, y demarcado por cerros igualmente verdes, pudiésemos observar el majestuoso vuelo de un ave rapaz! Me refiero desde luego a las hermosas e infrecuentes rapaces selváticas. Aquí, tal como ocurre hoy en todas las selvas del mundo, esas grandes aves son una rareza extrema. Pero durante estos cuatro días contábamos con la probabilidad cierta de ver tal vez un individuo, tal vez dos. ¡Que aparezcan de una buena vez!

Durante la caminata la atención de los observadores se focalizaba en las ramas de los árboles y enredaderas que flanqueaban el camino, atentos a cualquier movimiento sutil que pudiese delatar la presencia de un pequeño pajarito. Este era ciertamente el frente de observación más productivo. Pero había otro frente no menos importante: el de las magníficas rapaces, que generalmente se observan en vuelo alto. El grupo tenía que dejar recursos disponibles que permitiera detectar su sigiloso paso por los cielos, y sin perjudicar la observación de las aves arbóreas. El monitoreo sería un permanente trabajo de equipo que debía transcurrir en forma totalmente automatizada. Fui testigo, y protagonista a la vez, del operativo que surgió espontáneamente en el grupo para llevar a cabo dicha detección. Tal es así, que me atrevo a describir ahora este elaborado mecanismo.

Sin saberlo, cada uno de los observadores habíamos puesto en marcha un cronómetro biológico interno, activado por el inconsciente, que contaba el tiempo por medio de alguna misteriosa y desconocida onda cerebral. Esta suerte de "despertador natural" se activaría repetidamente según el intervalo fijado por cada observador. De esta manera, cuando funcionábamos como grupo, el azar determinaba la casi permanente atención de al menos uno de sus miembros. En forma aparentemente aleatoria y asincrónica, los observadores éramos "llamados" a cumplir el mandato.

El cronómetro tenía la virtud de despertarnos de cualquier actividad en curso, sea ésta la que fuere, para avisarnos que había llegado el momento de echar un rápido vistazo al "más arriba", en lo alto

del cielo: era hora de "escanear" el firmamento para detectar (o descartar) la presencia de alguna posible rapaz. La siempre elusiva rapaz...

Lo notable es que no existía distracción física ni mental alguna capaz de demorar o interferir con su funcionamiento. Tan fuerte era su llamado que hasta era capaz de interrumpir una observación interesante. Y el sistema nunca cesaba de operar: terminada la caminata seguía funcionando y, como se verá, no se detenía ni siquiera cuando comíamos. Solo se apagaba de noche.

Se podrá deducir que, fijando un intervalo de tiempo más bien corto entre cada "miradita", el observador obtenía como beneficio una mayor probabilidad de encontrar una rapaz en vuelo, pero seguramente arriesgaba perder el avistaje de un hermoso picaflor o descubrir el movimiento sigiloso de un Tingazú entre las ramas.

Confieso que, a la larga, las tan repetidas miradas al cielo producían todo tipo de estiramientos musculares del cuello, calambre de nuca y desgaste de las articulaciones cervicales. ¡Creo que esto da una idea de la cantidad de veces que algunos de nosotros miramos hacia arriba! Sospecho que los observadores que utilizaban los intervalos más cortos eran los que, secretamente, se desvivían por ser ellos quienes pasarían a la historia por dar el aviso al resto del grupo, emitiendo magnánimamente esa mágica voz de alerta: ¡¡¡RAPAZ!!!!

De esta manera el grupo avanzaba por el camino. Cada pocos segundos uno cualquiera de los integrantes echaba un rápido vistazo en lo alto, contra las colinas distantes, y también hacia atrás, con la esperanza de ver una manchita oscura en vuelo. No se necesitaba un "coordinador", ya que la "conciencia grupal" garantizaba que siempre había alguien ocupándose.

El grupo funcionaba entonces como una sistema de radares de tráfico aéreo con turnos rotativos en estado de alerta.

Estas expresiones - posiblemente algo magnificadas - que estoy utilizando para describir el accionar del grupo es indicativo de las "ganas" que había para ver algún águila. Tal vez sorprenda que nuestra supuestamente apacible y somnolienta actividad de observar aves incorpore esta conducta algo ansiosa y obsesiva, pero es sólo el reflejo de una situación muy seria: la muy baja densidad de las poblaciones de rapaces, causada por la caza, el desmonte y otras actividades humanas, significaba

que las probabilidades de éxito durante nuestra corta estadía eran tremendamente bajas. Tan escasos son estos avistajes, que la mayoría de los integrantes del grupo - incluso algunos que ya tenían en su haber varias visitas a Calilegua - nunca habían logrado observar las especies de mayor porte. Por eso, si deseábamos coronar nuestra estadía con al menos un avistaje interesante, había que advertir la presencia - e identificar - toda rapaz que ingresaba en nuestro espacio aéreo. No podíamos permitir que la gloria se desliza secretamente a nuestras espaldas.

Por su puesto, casi todas las veces el esfuerzo de observar al cielo fue en vano. Pero en algunas oportunidades había algo volando... Entonces la situación cambiaba rotundamente.

Será curioso, pero para el observador que ha sido bendecido con la afortunada oportunidad de ser quien detecta primero la presencia de una silueta en vuelo siente, durante los primeros instantes de la observación, que en realidad tiene un castigo de Dios. Es que ahora debe discernir si corresponde o no hacer el glorioso anuncio. Debe estar seguro de no emitir una falsa alarma, por que algunas rapaces son muy comunes, y podemos visualizarlas en todo el país. Si se apura, distraendo al resto innecesariamente, podría pasar tremenda vergüenza entre sus congéneres. No vaya a ser que grite lobo cuando en realidad se trataba de una palomita... Arriesga la pérdida de credibilidad, pero sin embargo, el castigo por advertir tarde el hallazgo de una buena presa puede ser aún mayor. El tiempo es oro, y la silueta se aleja. Parece grande...

"¡¡¡AGUILA...!!!"

El mundo se detiene. Todos dejan caer lo que sea que estaban haciendo. El pajarito raro que veíamos en nuestro binocular no importa ya. Tendrá que esperar, por que ahora manda un bicho grande. De inmediato los radares del grupo pasan a comportarse como una batería de cañones anti-aéreos. Desde su lugar, sin demora y casi al unísono, cada observador gira su cuerpo y apunta a la silueta en vuelo. Dada la celeridad y precisión de la maniobra, parecería que todos conocen de antemano la exacta posición del ave, supuestamente difundida al grupo por medio de la comunicación extrasensorial.

Momento seguido, algunos de los observadores ya están viendo de nuevo el pajarito en la rama. No era un aguila, sino una falsa alarma: una especie común. Tal vez un jote o incluso un carancho, y

que no merecen medio segundo más de atención. Otros, los que aún no saben lo que están viendo, comienzan a balbucear su descripción del animal. "Alas largas, cola desplegada, no veo que sea barrada..." Piensan que el resto del grupo los escucha atentamente. Pero, al no oír eco, al fin bajan el binocular y preguntan: "Che, ¿Qué fue?"

La mayoría de las veces que oímos el anuncio la rapaz resultó ser una especie común. Algunas pocas veces estuvimos ante la presencia de algo bien interesante: un Jote Real o un Cóndor por ejemplo. Pero en dos oportunidades estuvimos ante especies que pueden considerarse entre las rarezas máximas, que hoy solamente puede brindar un area protegida como Calilegua.

La caminata en ascenso ya nos había llevado hasta el Mirador. Entre la muy numerosa lista de especies observadas puedo mencionar: un Surucuá, un Batará Gigante (hembra), un Rey del Bosque, una lechucita Caburé, una bandada de los grandes loros "Maracaná Cuello Dorado", el Frutero Yungueño, varias especies de arañeros y diversos tiránidos de difícil identificación para los novatos.

Desde lo alto del mirador observamos el valle del San Lorenzo, ya totalmente inmerso en luz solar. Del otro lado del río se divisaba el silencioso pero temible testimonio de la destrucción de la selva: una gran planicie cultivada con caña de azúcar. Aquí se había reemplazado la magnífica diversidad de la flora y fauna selvática, por una "monoespecie", un campo poblado por miles de idénticas plantas de caña.

Es cierto que las más de 76.000 ha. que conforman del P. N. Calilegua fueron donadas al estado, en 1979 por los dueños del ingenio Ledesma. Pero algunos opinan que con esa donación desinteresada la empresa conseguía un beneficio vital: al quedar garantizada la preservación de la flora de Calilegua, es decir, sus selvas, se asegura una provisión regular de agua para riego durante todas las estaciones del año. En caso contrario, si el bosque fuese talado, desaparecería el efecto "esponja", y el agua de las precipitaciones se escurriría rápidamente por los ríos. Los valles, hoy verdes, quedarían reducidos a lucir un cauce sin agua durante la temporada seca. Sería imposible el riego. No habría más cultivos de caña, ni azúcar, ni ingenio.

Me enteré que, llegado el momento de la cosecha, las prácticas actuales de economía requieren la quema de todo el campo. Así desaparece la hoja-

rrasca, casi sin causar daños al jugoso tallo, lo que facilita mucho la posterior tarea de la cosecha. Este sistema reduce los costos y no perjudica sustancialmente el rendimiento azucarero. Pero... ¿Hay animales que encuentran refugio o nidifican en estas plantaciones? ¿Si los hay, se hará la quema fuera de la temporada de nidificación? ¿Y qué pasaría con la selva circundante si el fuego se descontrolara?

Sin respuestas, descendimos de vuelta al campamento por el camino surcado de selva. Exhaustos.

Facundo nos había preparado un delicioso almuerzo, salchichas con arroz, que disfrutamos en nuestro flamante comedor al aire libre. Luego descansamos.

Pero el tiempo de descanso no fue suficiente: pronto sería hora de salir nuevamente, a las 3 de la tarde, para la segunda caminata.

En este caso efectuamos el mismo recorrido en ascenso hasta el Mirador, y unas pocas cuadradas más adelante nos desviamos del camino, tomando una senda a la derecha. Se trataba del sendero "Lagunita", que nos llevaría hasta el valle del arroyo Aguas Negras, pasando por una laguna.

El sendero era encantador, por que nos internábamos dentro de la selva propiamente dicha. Ibamos a la sombra de arboles y todo tipo de enredaderas, protegidos del fuerte sol. Al comenzar el sendero pensaba que aquí veríamos muchas más aves. Creía que, por timidez o desconfianza, muchas especies se mantendrían siempre alejadas de la transitada ruta, y que las sorprenderíamos escondidas en el monte. Pero contrariamente a mis predicciones, no vimos un solo pájaro, o tal vez solamente el más común de los zorzales. Pasamos la laguna, y llegamos al arroyo, donde el profundo valle abre nuevamente la selva. Aquí me comunicaron que se habían divisado dos pequeños halcones, que pude observar en lo alto de un árbol seco. Otra nueva especie para marcar: Halcón Negro Chico.

La vuelta al campamento se efectuó siguiendo el cauce del arroyo. Tuve oportunidad de observar un hermoso Picaflor Andino, Viuditas de Río, y un diminuto carpinterito. Pero lo que más me asombró fue la cantidad y variedad de pisadas de mamíferos marcadas en los barreales rojizos y playas de arena fina que bordeaban el agua. Algunas eran casi tan grandes como mi mano extendida: huellas de Tapir, o Anta como se cono-

ce en Jujuy. Así pues, me convencí que en esas selvas, aparentemente desiertas, vive salvaje este magnífico mamífero. Otras huellas más pequeñas serían de zorros, lobitos de río, pecaríes, el pequeño ciervo o "corzuela", y muchas que pertenecían a felinos de distintos tamaños. Esas huellas eran los únicos testimonios que vimos de una gran variedad de mamíferos que habita la zona.

Las huellas me hicieron recordar algún libro ilustrado de mi juventud, seguramente "importado", con las clásicas actividades que se propone a los campamentistas norteamericanos. Entre ellas, instrucciones de cómo utilizar yeso para tomar las impresiones de huellas de osos, lobos y alces. Salvo alguna excepción, las únicas huellas de mamíferos que había visto eran de animales domésticos y de granja, nada tan interesante como las que proponía este libro, así que nunca tuve motivación para hacer moldes. Pero ahora... este lugar... ¡Era un paraíso de huellas! En algunas partes la densidad era tan grande que se asemejaba a un corral utilizado por ganado. La única razón por la que no podíamos maravillarnos aún más ante esa diversidad y abundancia era por que faltaba material de consulta: una guía de identificación de las pisadas de mamíferos autóctonos. Nos hubiera permitido dejar atrás las conjeturas y confirmar científicamente la presencia de tantas especies maravillosas. ¡Lástima que aún no existe una guía semejante!



Huella de "Anta" y moneda de \$1

Cuando llegamos de vuelta al campamento ya estaba oscuro, y otra vez estábamos agotados.

La cena preparada por Facundo: deliciosos fideos con tuco. Al calor del fogón tuvimos todos la oportunidad de presentarnos "en sociedad". Luego, Nico y yo nos fuimos a la carpa, resignados a pasar la primera noche en el tambor de carga horizontal.

* * *

Capítulo 4 - Sendero Tataupá

Lunes 24 a las 8:00

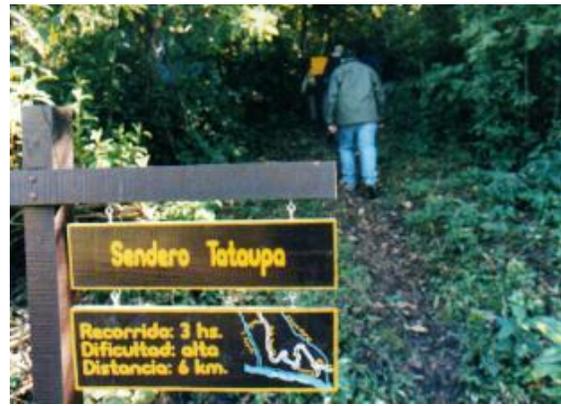
Recién cumplíamos un día entero en Calilegua y ya parecía que habíamos vivido aquí una semana. Después del desayuno comenzaríamos por tercera vez el ascenso hasta el Mirador. ¡Caminar este tramo ya se estaba haciendo un hábito!

Hacía frío aún, así que habíamos traído la campera, a sabiendas que pronto el calor de la jornada la convertiría en lastre, y la tendríamos que cargar durante el resto de la mañana. El plan era hacer una caminata liviana, anticipando que para el día siguiente estaba planificado un recorrido que demandaría un esfuerzo intenso. ¡Que bueno! En el fondo nuestro guía tenía algo de misericordia por nuestras piernas. Pasando el Mirador llegaríamos al punto donde comienza el sendero Tataupá, que se interna en la selva y nos llevaría de regreso al campamento bajando por exuberantes valles fluviales, primero por el arroyo Negro y luego por el río San Lorenzo.

A medio kilómetro del Mirador recuerdo un avistamiento insólito: el hermoso Carpintero Lomo Blanco. Siendo la primera vez que observo de cerca uno ejemplar de este género, no reparé tanto en su parche dorsal blanco-lechoso sino en el increíble color rojo puro de la cabeza, y en su cuerpo negro azabache. Detenidos en la banquina del camino, los observadores nos agrupamos para ubicarlo semiescondido entre la vegetación. Allí, del otro lado de una cortina invisible que separaba su mundo del nuestro, internado apenas tres o cuatro metros en la selva enmarañada, recorría su medio, los troncos de arboles, aparentemente en busca de alimentos. Cien metros más adelante Nico encontró otro ejemplar, que el resto de grupo también pudo disfrutar.

Seguíamos siempre a lo largo del camino, en leve ascenso, acalorados. El comienzo del sendero Tataupá no parecía llegar nunca. Las aves escaseaban y el grupo comenzaba a sentir fatiga. Habíamos caminado tres horas y ya eran las 11:30 cuando finalmente apareció el cartel que buscábamos. Pero no todos lo vieron, puesto que, metros antes de llegar, nuestro guía dictaminó que ya sería tarde pretender iniciar la vuelta por el complicado sendero. El almuerzo no podía esperar y debíamos volver al campamento por la ruta más sencilla y directa: el mismo camino.

Pero no todos estábamos de acuerdo, y fuimos 10 los amotinamos. Es que no habíamos subido en vano hasta aquí, haber hecho semejante esfuerzo con la ilusión de volver por el encantador arroyito, para que ahora todo quede en la nada. Además, era más fácil volver por el arroyo. ¿No? El guía no parecía estar de acuerdo, pero nos autorizó la separación. Dejó a los rebeldes a cargo de sus experimentados asistentes, Diego y Kini, y el resto del grupo se marchó.



Entrada al Sendero Tataupá

Comenzaba ahora lo que debía ser la amena y deleitable bajada al camping por el sendero Tataupá. El cartel indicaba que el trayecto tenía una duración aproximada de tres horas.

Inadvertidamente pasamos otro cartel que indicaba: "SENDERO CLAUSURADO". Seguidamente me di cuenta que, de descenso, aquí no había nada: nos internábamos por la selva en franca subida, lo que me estaba resultando extenuante. Pero la selva estaba divina, y en ese tramo observamos aves y flores hermosas.

Pronto llegamos a un descenso en serio: una ladera que caía casi verticalmente. Se notaba la existencia de peldaños tallados en la tierra, pero su mal estado constituía una trampa mortal, así nos lanzamos de pié por un tobogán de tierra, mientras algunos dudaban de la conveniencia de seguir. El sendero ahora bordeaba la ladera, y brindaba una vista espléndida de la selva que se extendía eternamente hasta las montañas más altas. ¡Que lugar para observar rapaces! Luego recorría por zonas más húmedas, con helechos y cañadones de tierra donde nacían vertientes y arroyos. Esta parte era tal vez la más frondosa y

atractiva de todas, pero debíamos continuar: habíamos postulado el secreto desafío de llegar al campamento antes de los volvíamos por el camino...

Pero pronto nos enfrentamos a otra dificultad. Un desmoronamiento de barro había, literalmente, echado por tierra un tramo de la senda. Para seguir había que bajar por una pared casi vertical. Cada uno, como podía, tendría que descender este nuevo tobogán, más peligroso aún que el primero. Y una vez resuelto, no encontrábamos donde continuaba la senda, así que comenzamos a explorar. Finalmente la lógica nos propuso seguir el cauce de un pequeño arroyito, que nos internó por oscuros túneles tallados en la vegetación, rodeados en todas direcciones por helechos y culandrillos. Las fotos que tengo del lugar no hacen honor a este templo de naturaleza silvestre.



Helechos en arroyo Negrito

El grupo avanzaba dubitativo. ¿Hacíamos bien en internarnos por aquí? En el peor caso podríamos volver al camino, pero no nos entusiasmaba ahora tener que subir todo lo que habíamos bajado... Finalmente, tras recorrer apenas 100 metros por el arroyito llegamos a un cauce más grande: era el arroyo Negrito. Celebramos el hallazgo de evidencias de civilización: otro cartel. Éste nos indicaba que en una hora estaríamos en el camping. ¿Ya habíamos realizado más de la mitad del recorrido?

El valle del arroyo Negrito, de unos 10 a 20 metros de ancho, sería nuestra senda obligada hasta llegar al San Lorenzo. No nos podíamos perder. La flecha apuntaba aguas abajo, como era lógico. La caminata ahora sería muy distinta: desafiando las piedras, trataríamos de no terminar con los pies en el agua.

Pero había tramos con bastante agua, y entonces, a causa de pequeños tropiezos o de pisar piedras engañosas, uno a uno los integrantes iban abandonando la liga de los "secos", perdiendo la descabellada apuesta que premiaba a quienes no

se mojaban. Algunos anticiparon el inevitable destino y optaron por caminar descalzos, salvando del empape a sus botas de trekking, pero yo me aferré a mantener mis zapatillas puestas, confiando en mi equilibrio y sabios conocimientos sobre estabilidad de piedras. Así terminé también, mojado, pero no sin haber dado una elocuente prueba de mi maestría en el arte de caminar un río pedregoso, gracias a un talento aprendido desde muy chico.

Avanzamos hasta la primera curva del río. El valle giraba en ángulo recto, pero las aguas no se doblegaban hasta chocar contra el paredón formado por la montaña misma. Desaparecía la senda y no podíamos seguir caminando por este margen, así que debíamos cruzar. Recuerdo este cruce como uno de los más peligrosos, especialmente para los "secos", que tuvimos que extremar nuestras habilidades equilibristas y saltar peligrosamente para no tocar el líquido. Luego, el río seguía en línea recta unos 200 metros hasta llegar a otra curva hacia el lado opuesto. Nuevamente sería necesario cruzar el cauce.

Esta situación se repetía una y otra vez. Perdimos la cuenta de la cantidad de curvas y contracurvas de este serpenteante arroyo. Cada diez minutos debíamos volver a cruzarlo. Al tomar lo que quizás sería la quinta curva y habiendo caminado por el arroyo por más de una hora, teníamos la impresión de estar ya ante la última vuelta, por que tras las lomas no se advertían más montañas. Todo parecía indicar que estábamos en los portales del gran valle del San Lorenzo. Pero era un vil engaño: las curvas seguirían *ad eternum*.



Arroyo Negrito

La fatiga comenzó a apoderarse de nosotros. Cada uno reaccionaba de distintas maneras. Algunos fueron superados por la sed y se animaron a tomar el agua. Alguien se cayó de frente en un charco, mojando sus binoculares. Otros pedían descanso. Hubo un par de caídas importantes, pero felizmente - y milagrosamente - sin consecuencias. Yo

me retrasé y, por tratar de caminar las aguas, perdí la apuesta. En realidad había optado por "sacrificar" un pie. Permitiría que se moje solamente el derecho, que utilizaría a partir de ahora como muleta viviente para cruzar los charcos más profundos, evitando el riesgo de una caída. Sentía que con un pie seco tendría aún derecho a reclamar al menos "media apuesta"...

El río presentaba siempre alguna oportunidad para cruzar, generalmente haciendo un salto entre rocas grandes, y a veces con una mínima inmersión. Pero cada cruce escondía algún peligro, silencioso y mortal: el tropiezo en una piedra suelta o una patinada en el verdín podría causar una caída de consecuencias impredecibles. El riesgo estaba siempre latente, mientras que el cansancio sólo aumentaba la probabilidad de un accidente - y era razonable suponer que un rescate en ese valle podría demorar 24 horas.

Entre ornitólogos nada se antepone a la observación de aves, ni siquiera las cuestiones de supervivencia que, si bien leves, enfrentábamos ahora. En la situación en que estábamos, la vuelta al campamento y a la civilización debería ser la principal "zanahoria" para seguir avanzando por el arroyo. Pero en realidad el avance y superación de la fatiga tenían una motivación muy distinta: era, sin duda, la ilusión desatada por una huella.

En los márgenes del arroyo habíamos encontrado pisadas de un ave medianamente grande, y los vaticinios más esperanzados apuntaban al Hocó Oscuro, un primo cercano del Hocó Colorado, que es relativamente común Buenos Aires. Pero el Oscuro es mucho más raro, y existe únicamente en de este preciso entorno. En realidad las posibilidades de encontrar esta especie eran remotas, por que es una ave muy arisca, que se aleja preventivamente ante el más mínimo disturbio. Y la ilusión prácticamente se desvaneció cuando advertimos un par de Chiricotes, aves acuáticas que andan también por las playas y cuyas pisadas no sabíamos distinguir de las del Hocó. Pero las elusivas pisadas estaban cada vez más frescas y frecuentes. Además los ornitófilos somos, por definición, optimistas.

Las curvas del río se sucedían una tras otra. En una zona abierta observamos una pareja de los enormes loros Maracaná Cuello Dorado, posados en un árbol. Pero el grupo avanzaba disperso, casi desmoralizado por la tortuosa, contradictoria e interminable senda que demarcaba el valle, y que parecía no llegar a ningún lado. Incluso, por

ilógico que parezca ahora, la fatiga nos hacía comenzar a dudar si avanzábamos en la dirección correcta. ¿Íbamos bien?

Yo andaba rezagado, pero en un momento alcancé a los primeros del grupo, que se habían detenido sobre una enorme piedra. Presentía algo extraño. Kini y mi hijo me tenían que informar sobre un descubrimiento que les causaba sentimientos encontrados. ¿Cómo anunciar, sin lastimarme pero a la vez mostrando esa contagiosa alegría, lo que el destino les había interpuesto en su camino? ¡Ni más ni menos que un Hocó Oscuro! La expresión de mi hijo, colmada de autosatisfacción y a la vez mostrando pena por lo que me perdí de ver a causa de mi retraso, me confirmaba que no era una broma. A medida que se acercaban los demás integrantes, uno a uno les comunicamos la triste alegría. El plan ahora sería de avanzar en lo posible más juntos, con la esperanza que se presente nuevamente el Hocó, y todos podamos verlo.

El ansiado avistaje no se repitió, pero aún así mi alegría desbordaba por que Nico había observado una especie rara, una "figurita difícil" que siempre había ansiado ver. ¡Que triunfo para los dos!

Vuelta tras vuelta, curva tras curva, el río San Lorenzo siempre parecía estar allí, tras el siguiente codo, y siempre terminábamos vencidos por la realidad. ¡Tanto habíamos caminado! Creo que de haber sido explorador o cartógrafo hubiera estimado nuestra posición en alguna parte de Tucumán.

Ya eran las 16 horas y la fatiga e inseguridad nos abrumaba. La cámara de fotos y el binocular pesaban como televisores. Mi campera, que venía cargando en mi brazo, parecía haberse convertido en acolchado de dos plazas. Tenía sed y hambre, y tras tantas desilusiones no podía esperanzarme de llegar pronto al San Lorenzo. De una cosa estábamos seguros: el otro grupo habría llegado al campamento hace rato, y ya habrían almorzado. Facundo... ¿nos calentarás los restos?

Finalmente llegamos al gran río. Nos había llevado más de 5 horas en hacer lo que el primer cartel indicaba que demoraba tres. Felices, en buen estado, y estimulados por el desafío que este reducido grupo había enfrentado tan exitosamente, salimos del angosto y adorable valle del arroyo Negrito para avanzar ahora sobre el anchísimo campo de piedras del río San Lorenzo. A lo lejos divisamos la figura de nuestro guía quien, posado en una enorme piedra, miraba hacia nosotros, pero no nos veía por que estábamos directamente en

contra del sol. Normalmente estaría buscando aves. Pero esta vez era distinto: carcomido por la preocupación que le causaba nuestra tardanza, Germán había venido hasta el río para buscarnos...

Para nuestro grupito la presencia de Germán en esa roca fue no sólo reconfortante, sino que nos permitió valorizar aún más nuestra pequeña pero inolvidable hazaña.

Pero aún quedaba un obstáculo: la confluencia del arroyo con el río se producía de tal manera que debíamos cruzar dos veces el San Lorenzo para llegar al lugar donde estaba Germán. Inspeccionamos el curso de agua. El cauce parecía demasiado ancho, profundo y caudaloso para cruzar. Surgieron diversas ideas. ¿Volvemos atrás por el mismo camino: el arroyo Negrito y el sendero Tataupá? ¿Construimos una balsa? ¿Hacemos una "cadena humana"? La única solución razonable era cruzar a pie, pero iba a requerir un poco de audacia y primero deberíamos hacer de "baqueanos" para ubicar el punto más conveniente de cruce.

Así es como Fede tomó cartas: se arremangó los pantalones y caminó. Fue el primero en llegar al otro lado. Después los demás, a veces de a uno, a veces de a dos, nos aventuramos a cruzar, con

nuestro calzado puesto por las dudas. Primero cruzamos a la margen sur, y luego, aguas más abajo, volvimos a cruzar de nuevo para regresar a la margen izquierda, desde donde podíamos llegar fácilmente al camping.

Tenía ambas zapatillas empapadas. ¡Perdí la apuesta!

Al acercarme al camping me cruzaba con integrantes que habían vuelto por el otro camino. Me miraban casi con admiración, como si fuese un atleta o competidor que había terminado una epopeya riesgosa y extenuante.

Es que así fue. Me atrevo a llamarlo "Eco-Challenge Calilegua 2000", antítesis de la relajada jornada que habían propuesto los organizadores. ¡Qué trajín nos esperaba para mañana!

Ya de regreso al campamento nos ocupamos de tender las prendas mojadas. Almorzamos a las 17:30, merendamos a las 18:00, y cenamos una hora después.

En la carpa fue otra noche con bastante frío. Las emociones y alegrías del aventurado día pronto cedieron ante el sueño...



El caudaloso San Lorenzo



Paisaje desde el camino



Un gran árbol cerca del Mirador

* * *

Capítulo 5 - Mesada de las Colmenas

Martes 25 a las 8:00

Otra vez la misma rutina matinal. Vestirse dentro del tambor horizontal y salir por la puerta de carga frontal. Desayunar y volver a la carpa para buscar enseres. Las palas de nuestro imaginario lavarropas nuevamente se ponían a revolver prendas en busca de artículos vitales para la salida de hoy. Rollo de fotos, cantimplora, gorro. Estaríamos afuera por todo el día, así que teníamos que llevar el alimento en la mochila, y había que encontrar ese tenedor rebelde que se escabullía por el piso de la carpa.

Finalmente todo estaba listo. ¿Otra vez a subir la cuesta hasta el Mirador? ¡NO! Esta vez había que recorrer la nada despreciable distancia de 13 kilómetros, siempre cuesta arriba, hasta el paraje denominado "Mesada de las Colmenas", subiendo desde los 550m hasta los 1.150m, es decir 600m de ascenso.

En realidad había dos alternativas: subir a pié o subir en colectivo. No tuve dudas al tomar mi decisión. ¿Y los demás? Más allá de las valerosas proclamas que había oído en las recientes conversaciones del grupo, destacando los principios altivos del campamentista, casi todos se preparaban para enfilarse secretamente hacia la parada del vehículo - salvo honrosas excepciones que aceptaron, y cumplieron, con el desafío de caminar.

Y el vehículo llegó: un destartado colectivo. Su interior delataba que, otrora, había conducido pasajeros por las calles de alguna ciudad pituca. ¿Barrios porteños, tal vez? ¡Cuántos habrán viajado a su trabajo en esto! Encima del parabrisas, cruzando de un extremo al otro, portaba aún aquel típico espejo de vidrio común, de silueta recortada artísticamente al estilo del filete, y biselado en todo su contorno. Marcado por diversas roturas mal cicatrizadas, ese espejo hablaba de épocas mejores. Hoy sería ciertamente reprobado por los códigos de seguridad.

Pero lo más notable eran los ocupantes. Todos eran gente de la zona, de pieles cobrizas y curtidas, fisonomías características, y muchos luciendo vestimentas típicas, en particular las mujeres.

Subimos en masa. En el más clásico estilo urbano, tuvimos que correr al fondo del pasillo para que podamos entrar todos. ¡Por suerte hubo lugar!

Habíamos abordado sin detenernos a sacar pasaje, y ahora nuestro guía inició la disparatada cobranza. Nadie tenía muy en claro cuanto costaba el viaje, y Germán lanzaba al aire algunos aumentos y sobrepagos de dudosa legitimidad: "El viaje sale un peso..." "Digo dos..." "El que va sentado paga cinco...". ¿Qué habrían pensado los locales de esta desorganizada bandada de turistas disfrazados con binoculares que invadieron su apacible viaje a las alturas? Ahora, a través de una absurda cadena humana de ornitólogos, las moneditas y billetes iban, y los vueltos volvían. Nadie sabía quién había pagado y quién adeudaba aún. Como nunca, se puso a prueba la ciega confianza mutua que se tienen los naturalistas... pero los boletos nunca aparecieron. ¡Germán!

Tuve la suerte de conseguir un asiento. No sólo me permitiría ver el paisaje, sino también charlar con un personaje local. Comencé a hablar con la señora que estaba contra la ventanilla. Bastante mayor, de tez muy sufrida, pero con disposición vivaz, me comentó que era viuda, y también huérfana de ambos padres desde muy chiquita. A corta edad su abuelo la mandaba a recorrer, sola, grandes distancias entre los pueblos de montaña, y le indicaba que jamás debía temer al tigre - es decir, el Yaguareté. No la tocaría. Me contó que aún lo cazan cuando ataca el ganado. Sus hijos habían hecho escuela, y ella tenía cobertura médica. Hablamos de la selva, y me contaba de lo hermoso que era a mayor altura. Pero entre sus comentarios destacó en especial los siguientes: me decía que la gente conocía que ahora no había que matar animales ni cortar el bosque. Y no era solamente por que la ley había convertido las Serranías de Calilegua en un Parque Nacional. Lo que me estaba diciendo esta humilde señora, en sus palabras, es que ahora había localmente una verdadera conciencia conservacionista, que todos respetaban y custodiaban. Creo que luego agregé "... salvo el turista".

El paisaje era hermoso: montañas cubiertas de selva verde. Pero por momentos el viaje dejaba de ser un paseo idílico para convertirse en una experiencia escalofriante, más parecida a una vuelta en montaña rusa. Mirando por la ventanilla de mi lado, y tras la silueta típica de mi acompañante, veía como, con el avance del colectivo, el costado elevado del camino se iba nivelando,

para luego convertirse en un precipicio escarpado. El camino no era muy ancho, pero el chofer no se preocupaba mucho en mantener el vehículo lejos de los bordes. Así que, desde mi óptica, sentía que las ruedas pasaban por el mismísimo borde del barranco, al ras del barroso precipicio.

Tras casi media hora de avance cruzamos el lugar donde nacía el Sendero Tataupá. Media hora más tarde el colectivo se detuvo: otro vehículo estaba detenido en la ruta por rotura del acelerador. Más adelante, una moderna máquina niveladora, relucientemente nueva, nos demoró unos minutos. Estaba reparando una peligrosa zona barrosa. Pero finalmente llegamos a "Mesada".

Cerca de la casa del guardaparques dejamos las mochilas, y comenzamos a quitarnos algunos abrigos. El día era esplendoroso, y ya hacía calorcito. Comenzamos a recorrer el camino buscando aves.



El camino cerca de Mesada

¿Que tenía de particular Mesada que no teníamos cerca del camping? Para los ornitólogos, un elemento fundamental: la altura. Es que hay especies de aves cuyas poblaciones se ubican a determinados niveles altitudinales, y éstas serían hoy el blanco de nuestras observaciones.

Recorrimos algunos centenares de metros, siempre por el camino de tierra, y aparecieron varias de las aves que buscábamos: por ejemplo la Monterita Ceja Canela o el Arañero Ceja Amarilla, nuevamente parientes cercanos de aves que se ven en Buenos Aires, pero aquí estábamos ante variedades específicas de las Yungas.

A esta altura las selvas también eran más exuberantes. Ya dejaban de ser una mezcla con elementos de bosque chaqueño: estas eran las verdaderas Yungas. Las ramas de los árboles, siempre enmarañadas con lianas y enormes enredaderas, portaban ahora grandes bromelias de un

metro de diámetro, y cantidades de epifitas o claveles de aire.

Mirando hacia abajo, a gran distancia en dirección este, veíamos el ingenio Ledesma, a la vez artífice de creación del parque y destrucción de su entorno. Los cultivos de caña apenas se divisaban en el valle. Allí no estábamos viendo bosques ni selvas nativas, sino su reemplazo, la caña, cuya expansión avanza lentamente sobre las laderas de este paraíso. ¿Seguirá hasta llegar a los límites mismos del parque? ¿Podrán sobrevivir los tapires, pumas y yaguaretés cuando el parque quede aislado de otras áreas naturales?

Pasamos el resto de la mañana buscando aves, con la vista y los oídos sintonizados para captar todo pequeño movimiento. Pasamos grabaciones de audio de los cantos de algunas especies más difíciles, y en algunos casos respondieron al llamado, asomándose por entre la vegetación, lo que posibilitaba una observación. Estuvimos atentos a las rapaces todo el tiempo. Vimos un pequeño mamífero: una ardillita de intenso color marrón rufo. Permaneció inmóvil entre la vegetación el tiempo suficiente para que todos la podamos observar bien. ¡Era preciosa!



El Ingenio Ledesma, apenas visible desde Mesada

Luego volvimos a Mesada, donde almorzamos nuestro sandwich, tomamos nuestra bebida, y descansamos. Aquí, en el césped de acampe, bajo un sol radiante, tomamos una foto de todo el grupo. Vimos a las hermosas Urracas acercarse temerarias al tacho de basura. Divisamos un par de Jotes Reales en vuelos distantes. Y nos preparábamos para la larga vuelta de 13 kilómetros, a pie. Eso, si, por suerte era todo en descenso.

A eso de las tres de la tarde comenzamos a partir en grupos por el camino de barro colorado que surcaba a media altura por las colinas. Sobre la izquierda: montañas altas con selva. Sobre la derecha: precipicios empinados con selva.

En mi caso comencé caminando con un grupo, pero pronto me quedé solo, distraído por las aves.

Buscaría ahora resolver personalmente los desafíos de identificación que la suerte iría presentando. Ya había tenido dos días de iniciación asistida, y había llegado el momento de largarme solo. Si veía un pajarito, trataría de identificarlo sin otra ayuda que lo indicado en mi Guía de Aves. Recorrí el camino chocho de la vida.

Este momento fue uno de los que más disfruté, a pesar de las inevitables frustraciones con que uno se topa cuando aún no tiene suficiente experiencia en el lugar. Conquisté muchas especies, pero algunos avistajes solo generaron duda, por lo fugaz, o por tratarse de casos con dos o más especies muy similares. También perdí de identificar a muchas aves por desconocer sus voces.

Mientras seguía haciendo calor, cada tanto pasaba un auto o camión, y cada tanto se presentaba un pajarito. Yo iba último, y más de una vez pensaba que me había rezagado excesivamente: estaría tal vez dos horas detrás del anterior. Pero al girar una curva me topé con el grupo más nutrido: el guía, el telescopio, y todos los "prendidos" de siempre. Aproveché para observar con ellos un hermoso picaflor cometa, impresionante con su larga cola bermellón iridiscente. Pero luego dejé que se distancien, y así seguir resolviendo en soledad.

Mi único problema eran los pies. Como mis zapatillas se habían mojado el día anterior, me había puesto hoy unas botas de goma. Las botas habrían sido mucho más útiles el día de ayer,

claro, para caminar por los ríos, pero así eran las cosas. Hoy debía marchar 15 Km. con este calzado incómodo. Lo recuerdo bien: en los últimos kilómetros sentía mis pies como roca dura. Parecía que mis arcos habían cristalizado en un férreo calambre para resistir el peso. Visualizaba que mis huesos y tendones se habían convertido en el mecanismo de acero pulido que hacía de pie para el robot de Terminator 1.

No tuve mucha suerte sacando fotos de aves, pero tuve la fortuna que se haya presentado ante mí, en el camino, un pequeño zorzal, llamado Zorzalito Amarillo. Ningún otro observador pudo registrar esta especie durante nuestra estadía en Calilegua. Finalmente, al desvanecerse la luz del día, los integrantes nos fuimos aglutinando, y llegamos casi juntos al campamento, ya de noche, y con hambre.

¿Y Facundo? No estaba. A la mañana había tomado el micro con nosotros, pero cuando llegamos a Mesada había continuado a bordo, junto a su novia, para realizar un extenso pero interesante recorrido por los pueblos de altura. ¡No había vuelto a tiempo para cocinar! Así que desde ese día existen ornitólogos que saben pelar papas y hacer un buen puré, ideal acompañamiento para las succulentas hamburguesas a la parrilla. Tan deliciosa salió la cena, que, al llegar Facundo, tuvo que conceder un sincero elogio, mientras nos contaba de los majestuosos paisajes que conoció en su viaje: los pueblos construidos en las laderas, las selvas, montañas, campos, ríos y precipicios...



Colectivo local



Helecho en Mesada



Sevendillo (pastos colgantes)



Hojas anchas

* * *

Capítulo 6 - El Monolito

Miércoles 26 a las 7:00

El gallo había cantado más temprano hoy.

Con su característica diplomacia, Hernán, a la vez guía y vocero oficial de los safaris de la AOP, nos había indicado la noche anterior que hoy las actividades debían comenzar más temprano. Tendríamos que viajar casi 2 horas en el micro, siempre por el mismo camino, hasta el Monolito, a 1.700m de altura, y de nada servía llegar a ese lugar privilegiado a las 11 de la mañana, por que ya a esa hora no habría pajaritos. Había que madrugar un poco más. Germán, por su lado, en su sutil metodología de persuasión, aclaró que los organizadores del campamento desechaban terminantemente utilizar técnicas colectivas de resucitación matinal. Por ejemplo, no habría campanadas, ni toque de clarín, ni las conocidas voces de: "¡¡¡ARRIBA!!! ¡¡¡YA ESTA EL DESAYUNO!!!". Al menos no oficialmente... Creo que Germán dejaba la puerta abierta para que algún voluntario emita un "bostezo matinal" muy, pero muy exagerando...

No oí ningún bostezo, pero sin embargo a las 6:15 fui arrancado de mi sueño por ruidosos y fuertes golpes. Eran los sonantes y retumbantes hachazos de algún ayudante del campamento. ¿Germán, tal vez? Quizá deba agradecer al hachador, por que sino hubiera perdido no solo el desayuno, sino la excursión.

Había que estar saliendo a las 8 de la mañana. Bueno, 8:30. Por que a esa hora pasaba un colectivo "charteado" que nos subiría al Monolito. A las 8:45 todavía había algunos rezagados que llegaban despreocupados al estacionamiento, donde estaba la "parada" del colectivo. Una vez allí, sorprendidos, casi espantados, notaron que la parada estaba desierta. ¡No había nadie! ¿Dónde están todos?

"Nos dijeron 8:30. ¿Qué horas es?" Sus rostros se marcaron con expresiones de incredulidad y desilusión por haber perdido el colectivo hasta el Monolito. Pero en realidad solamente habían caído en nuestra trampa. Es que con gran picardía nos habíamos escondido en silencio detrás de nuestro micro de larga distancia, que seguía estacionado allí.

Pero, ¿y el colectivo? Ya eran las 9:15 y no aparecía. Para entonces Germán, que había coordinado el charter y tanto había insistido con madrugar, temía ser linchado. Bueno, al fin llego nuestro "charter".

Esta vez me senté en la ventanilla del otro lado. Pero fue un castigo mayor, por que los precipicios aquí eran más espantosos aún. No entiendo como el colectivo tomaba curvas pisando los mismísimos bordes de barrancos embarrados, en las que precisamente el barro parecía ser el único sustento estructural del camino. En las curvas podía apreciar como esas mismas banquetas, similares a las que veníamos pisando, habían cedido. En muchos casos la parte del camino colapsado yacía ahora reducida a un puñado de tierra aferrado a laderas casi verticales. Más adelante consulté al chofer si alguna vez hubo un vuelco o caída de un vehículo por el precipicio. "No", me respondió.

Tal vez fue una mera sugestión, pero parecía que la altura me iba afectando. El camino seguía serpenteando por las laderas, tan sinuoso como había sido ayer el arroyo Negrito: curva tras curva. Por continuar siempre en ascenso me sugestionaba aún más, y sentía un leve mareo.

Habíamos pasado ya Mesada, y más arriba comenzábamos a ingresar en otro tipo de vegetación: el "Bosque Montano", donde la maraña de arbustos y lianas comenzaba a ceder su lugar. Ahora eran musgos colgantes, denominados "barba de viejo", que comenzaban a adornar el bosque. Estas decoraciones navideñas cubrían cada vez más todas las ramas de los arboles, ahora casi sin hojas por la época del año. Sus troncos y ramas expuestas se revestían entonces con esas gasas colgantes de tonalidades ocre-oliváceas.



El Monolito en "Monolito"

Finalmente llegamos a la cima. No recuerdo haber visto mesa en Mesada, pero ¡acá sí que había un verdadero monolito! De ese punto se comandaba una estupenda vista del valle que se desplegaba hacia el otro lado de la montaña. Otros cerros más altos se extendían hacia el norte y al oeste, pero esta altura me bastaba por hoy. Habíamos llegado al extremo occidental del Parque Nacional. Los botánicos del grupo nos indicaron las coníferas autóctonas que aparecen a estas alturas, que observé detenidamente. Como anticlimax de haber llegado a la cima, pasó una bandada de Cabecitanegras, tan comunes en Buenos Aires. Al menos era bueno saber que también habitan a esta altitud.

Estaba a 1.700 m y me sentía afectado por la falta de oxígeno. Al charlar un momento con el chofer, acudió a mi auxilio entregándome unas hojitas de coca. ¿Yo drogarme? Bueno, ya había escuchado las explicaciones académicas: una cosa es la hoja y otra los extractos a base de coca. "Colocalo en la mejilla y lo mordés de tanto en tanto." Acepté. Enseguida sentí un gustito similar al tabaco. Pero el mareo, lo tuve igual...

¿Y ahora? Hernán anunció: "El plan es el siguiente: los que quieren pueden caminar cuesta abajo hasta Mesada. El colectivo comienza a bajar del Monolito a Mesada a la 1 de la tarde. De allí partirá de regreso al campamento a las 5."

Nos desbandamos. Mientras Nico se unió al grupo con los guías, el telescopio, y los más conocedores que avanzaron por el camino, yo pretendí aprovechar la tranquilidad para fotografiar un pequeño pajarito que me había impresionado. Era la primera vez que lo veía, y al consultar la Guía aprendí que se llama Cerquero Cabeza Castaña, de cabecita casi anaranjada y cuerpo oliváceo. Compartía la bandadita con Cerqueros de Collar, otra joya adornada con limpios blancos en la cabeza. Estaba decidido a tomar unas buenas fotos de estos tesoritos que habitan las alturas.

Mi primera estrategia era acercarme despacio. Pero la bandadita se alejaba también despacio, saltando de arbusto en arbusto.

Tuve que recurrir al Plan B: me quedaría sentado en un lugar tranquilo y seguramente la bandadita iba a volver. Más de 25 valiosos minutos esperé sentado en la ladera de la sierra, sin suerte alguna.

Plan C: buscaría un lugar muy poblado de estas aves, con el sol correctamente ubicado para fotografiarlas, y me instalaría para almorzar.

Tarde o temprano tendrían que volver. Aparte de disfrutar el arroz con atún, el sitio me sirvió para observar una Ratona Ceja Blanca: otra especie nueva para mi lista. Pero de fotos nada. Ya era mediodía y todavía no había gatillado algo que valía la pena.

Terminé de almorzar. Tenía que agudizar el ingenio para cumplir mi objetivo. Ninguna de mis estrategias me había dado resultado y el tiempo pasaba. Entonces, semidesvanecido por la altura, razoné mi Plan D. Había notado que las bandaditas siempre se alejaban despacio. El alejamiento grupal era la consecuencia de las acciones de cada individuo: pequeños saltitos de rama en rama, casi aleatorios y apenas dirigido por su instinto defensivo. Si hacía entonces un ataque sorpresa, irrumpiendo de un salto, súbitamente en el seno de la bandadita, tal vez tendría unos segundos de tiempo hasta que las aves reaccionen, organicen su retirada, y se alejen. ¡Sí! ¡Eso tenía que funcionar! ¡Solo me faltaba el disfraz del Chapulín Colorado!

Entusiasmado, guardé lo que quedaba de mi almuerzo, preparé la cámara, cargué la mochila, y salí a conquistar a los cerqueros. Estaban allí: en la colina que subía al camino había una parejita. Junté fuerzas para un asalto que haría corriendo cuesta arriba por la escarpada pendiente, cargado con mochila, cámara y binoculares, entre arbolitos con ramas secas a la altura de mis ojos, cascotes que se desmoronaban, piedras y pasto alto que escondían víboras de coral, todo a 1.700m de altura... El esfuerzo físico fue demasiado: el Plan D había fracasado aún antes de empezar. Tras haber hecho un explosivo desgaste de energía y haber tropezados dos veces, llegué hasta el camino, absolutamente agotado y exhausto, y sin fotos...

Triste y frustrado de no haber logrado mi objetivo, abandoné mi proyecto fotográfico. Era hora de volver. Al menos tendría una hora de caminata para disfrutar la observación de aves en soledad, tal como había hecho ayer. Después pasaría el colectivo que me bajaría hasta Mesada.

Avancé por el camino, pero advertí que más adelante efectuaba una gran vuelta "en U", y luego volvía a resurgir unos 20 metros más abajo. Si bajaba por esta barranca empinada, llegaría al camino por un atajo, ahorrándome de caminar doscientos o trescientos metros. Entre patinadas y tropezones, finalmente pude bajar. Feliz y contento y definitivamente encaminado, me pro-

puse pasar otro día de puro deleite, recorriendo nada más ni nada menos...

¿Y mi teleobjetivo? ¡Sí! ¿Dónde estaba el teleobjetivo de mi cámara?! Mi valiosa lente zoom de 210mm había desaparecido. Tras un momento de análisis descarté diversas posibilidades, salvo una: en uno de los tropezones se habrá desprendido de la cámara, pero... ¿Dónde? ¿La encontraré? Me sofocaba la idea de volver a ascender: Ya sea por causas reales o por sugestión psicológica, la altura me había hecho sentir muy mal. Recién me había mentalizado para un largo pero relajado descenso, y ahora las circunstancias me obligaban a volver a subir... ¡Qué castigo! Estaba realmente sin aire, y me agobiaba sólo pensar en el esfuerzo que significaría subir mi propio peso, sumado al de mi mochila, hasta el lugar donde había almorzado. Pero mi pena habría sido mayor de haber sabido entonces que, hasta dar con mi lente, tendría que realizar el circuito completo no una sino dos veces. Es más, creo que simplemente hubiera dejado atrás a la lente. ¿Una sagrada ofrenda para Calilegua tal vez?

¿En cual de los dos barranco estaría? Debía regresar a dos sitios exactos, volviendo sobre mis pasos. No pude subir el empinado barranco, desmoronado y cubierto de vegetación, así que opté por otro itinerario. Alcancé el lugar supuesto, pero el "tele" no aparecía. Bajé el segundo barranco esperando encontrar la lente allí. Tampoco. Volví a subir, recorriendo muy minuciosamente todos los sectores donde posiblemente había tropezado. El esfuerzo de ascender nuevamente me aplastaba. Pero lo hice. Volví en sentido inverso, y finalmente llegué al lugar donde estaba la lente. Pero no la veía.

Desesperado, avisé a la única persona que quedaba aún en zona, la muy querida Zully, que estaba a unos 50 metros de allí.

"¡Zully! ¡Perdí mi tele!" Le grité.

"No te preocupes Alec, yo te voy a ayudar a encontrarlo..." me contestó desde su lugar. Y en ese preciso momento...

"¡Uy! ¡Acá está! ¡Lo encontré!" Grité enseguida.

"¿Viste que te iba a ayudar? Entonces ahora podemos volver juntos a Mesada... Esperame que voy llegando..."

Y así, siendo casi la una de la tarde, en compañía de Zully, comenzamos el regreso.

Hicimos casi todo el recorrido a pie, salvo unos 1.000 metros "colados" en el colectivo cuando éste nos alcanzó en su camino a Mesada. Con razón, Zully no quería perderse la mejor parte de la selva montana, de características únicas. Por eso le pedimos al chofer que se detenga y nos bajamos al poco tiempo de subir. En el largo recorrido de 10 Km. no vimos muchas aves, si bien el paisaje de la selva era hermoso. Para superar mi decaimiento Zully trató de ayudarme a apreciar mejor los distintos tipos de árboles, todos cubiertos de "Barba de Abuelo" verde militar.

Tras mucho caminar, durante más de 2 horas, finalmente nos acercamos a Mesada. Pero unos 300m antes de llegar me quede a observar sólo. Comenzaron a aparecer algunas aves, seguramente por la hora del día. Allí vi al magnífico Batará Gigante. Esta vez se trataba de un macho, cuyo colorido es muy distinto al de la hembra.

Precisamente a las 5 en punto de la tarde, es decir, la hora de reunión señalada para tomar el colectivo de vuelta al campamento, hice mi entrada triunfal en Mesada. En ese momento la comitiva estaba justamente abordando el colectivo. Estaba ansioso de comentar a mis compañeros las mil penurias que había sufrido. Seguramente los demás no tendrían nada interesante que contar.

Que ingenuo...

Apenas me acerqué al colectivo, Germán me dirigió la palabra: "Alec, te tenemos que dar dos noticias: una buena y una mala: La mala es que vimos una Poma, y la buena... Nico ha desaparecido."

...

"¿Poma?" ...reflexioné unos instantes...

Se trataba de un águila. En ese primer momento realmente no comprendía la magnitud de la noticia. Sin embargo, lentamente fui razonando. Es que no conocía ni el nombre de esta especie, sencillamente por que descartaba toda posibilidad de ver bichos tan raros. De golpe me di cuenta...

¿¿¿¿¿AGUILA POMA!!!!???"

Una de las mayores presas, un verdadero tesoro que los ornitólogos más optimistas no pueden ni atreverse a soñar siquiera.

¿Sería esto otra buena broma de Germán? Una mirada a los pasajeros, mis colegas del grupo, confirmaba que esto iba muy en serio: todos silenciados y con cara de circunstancia, me miraban fijamente, esperando ver como yo, el flamante paria de "la sociedad que vio la Poma", iba a reaccionar. ¿Lloraría? ¿Me tiraría por un precipicio?

¡Nada de eso! Recuerdo bien mi reacción: "¿Nico la vio?" pregunté. Me aseguraron que sí. Entonces todo estaba bien. Me puse muy, muy, muy contento por Nico...

Germán me explicó que no debe haber más de un centenar de personas que han visto un Aguila Poma en la Argentina. Constituía el esperado avistaje de una rapaz, pero había superado con creces hasta las predicciones más optimistas.

Pero... ¿Y Nico? ¿Dónde estaba mi hijo? Todas las apuestas y deducciones coincidían: habría seguido su marcha por el camino, cuesta abajo, hacia el camping. Luís también iba adelante. Así que, con esa hipótesis, el chofer dio arranque, y avanzamos.

El trauma causado por el momentáneo extravío de mi teleobjetivo no me había permitido apreciar bien la selva de altura. Ahora, con las emociones que se sumaban, me olvidé de despedirme de Mesada de las Colmenas. ..

El micro avanzaba en bajada. Yo miraba hacia delante, inquieto, buscando ver la silueta de mi hijo, pero Nico no aparecía, hasta que finalmente, 5 o 6 km. más abajo, lo divisamos. Estaba detenido bien contra el borde del camino, esperando educadamente que el colectivo se acerque y se detenga. Pero bien que lo hicimos sufrir, por que orquestamos un sustito, pidiéndole al chofer

que se pase unos metros, amagando que el colectivo no iba a detenerse.

Finalmente la mascota del grupo subió al vehículo. La comitiva de ornitólogos que iba a bordo, quienes para Nico eran todos auténticos héroes, se había burlado de él, pero todo estaba más que bien. ¡Y qué cara de satisfacción! Tanto por el disfrute y la emancipación que le significaron esos kilómetros de caminata que realizó en soledad, como por el águila, claro. Nico, que ya medía más de 1.85, había crecido en estatura nuevamente! "Nico, si seguís viendo especies raras así, pronto no vas a entrar en la carpa..."

Llegó al asiento que había reservado para él... "Nico, ¿La viste? ¿Estuvo buena?"

"Sí".

Entre padre e hijo estaba todo dicho...

Varios kilómetros más abajo apareció Luis. Esta vez la broma sería preparada con mucho más realismo: todos los ocupantes nos agachamos para así desaparecer de la vista. Nadie se asomó, ni siquiera cuando el colectivo pasó frente a él. No hubo el más mínimo intento de reducir la velocidad. Y Luis quedó atrás. Al fin, a más de 50 m, nos detuvimos. ¡Cómo disfrutamos esa broma! Y Luis también. ¡Todo estaba bárbaro, por que Luis también había visto la Poma!

Todos habían visto la Poma. Salvo Zully, Hernán y yo.

Llegamos al campamento de noche. Facundo había preparado una exquisitez de puchero, especial para los festejos, acompañado con vino.

Dejaré para que Nico cuente su versión testimonial de cómo él y el grupo vivieron el avistaje del Aguila Poma.



El grupo en Mesada de las Colmenas

* * *

Capítulo 7 - Nocturno

Miércoles 26 a las 21:00

La desdichada suerte que me tocó durante la visita de ese día al Monolito me ha dado buen motivo para concluir el capítulo anterior antes que hayan finalizado las actividades de la jornada. Pero hay otra razón: hasta ahora he omitido de mencionar diversas actividades nocturnas. Siendo ésta la última noche en Calilegua, comenzaré en la oscuridad.

Todas las noches salvo una, luego de cenar, la agotada comitiva atacaba otro flanco ornitológico no menos importante, especialmente aquí en la Yungas: la posibilidad de ver, o al menos detectar, la presencia de lechuzas y atajacaminos.

Se conoce que existen ocho o más especies de lechuzas en la zona. Y en cuanto a los atajacaminos, habitan el área diversas especies, incluyendo la más soberbia de todas las aves nocturnas: el Atajacaminos Lira, cuya larguísima cola se extiende 75 cm, tres veces más largo que el resto de su cuerpo.

Noche tras noche nos abrigábamos, buscábamos las linternas, y salíamos en patota tras esta romántica y a la vez tenebrosa cacería. Nunca vimos ni oímos las aves buscadas, pero la diversión y emoción que producían estas experiencias fantasmagóricas nos permitía superar el sueño, la fatiga y el frío al menos durante una hora.

La técnica utilizada para ubicar la presencia de lechuzas consiste en emitir diversas grabaciones de sus vocalizaciones. Teníamos cassettes grabados con las voces de varias especies diferentes, obtenidas tanto por integrantes del grupo como por especialistas máximos en la materia. La idea era que si la lechuza estaba en zona, seguramente iba a reaccionar a la voz grabada. La escucharíamos, y posiblemente se mostraría. Con los atajacaminos haríamos igual.

Pero noche tras noche, ante la respuesta negativa que devolvía la oscuridad, el propósito ornitológico se desvirtuaba, y terminamos utilizando el telescopio para observar la luna, reconocer estrellas y constelaciones, y contar meteoritos.

Otra actividad nocturna se desarrollaba en derredor del fogón. Congelados, especialmente las

primeras noches, nos apostábamos alrededor del fuego, mirando persistentemente a las brazas con la esperanza que eso facilite el ingreso del magro calor a nuestros cuerpos helados y tiritantes. Alguien produjo una receta de vino dulce caliente. ¡Exquisito! Había una guitarra, y mal que mal, algunas canciones cantamos. Algunos buenos chistes animaron la conversación hasta que, uno a uno, el sueño y el frío nos terminaba venciendo.

El Parque Nacional soportaba esos días una actividad nocturna inusual que perduraba toda la noche. Una inmensa topadora trabajaba sin cesar moviendo piedras en el lecho del río San Lorenzo, cerca de la desembocadura del arroyo Aguas Negras. No entendí las razones de tan faraónico movimiento de lastre, pero seguramente estaría relacionado con el nuevo puente que cruzaba el Aguas Negras, o para anticiparse a las crecidas. El asunto era que el ruido de la topadora arruinó la ansiada quietud nocturna que prometía el campamento en un sitio tan remoto. Cada vez que me despertaba oía el ronco sonido causado por el arrastre de piedra sobre piedra, sumado al rugido del motor de la máquina. Seguramente quienes acampaban cerca de la "punta" soportaban un barullo mayor aún. Este bochinche se llevó la culpa como explicación más probable de la sorprendente ausencia de todo tipo de aves nocturnas durante nuestra estadía.

Una actividad nocturna, propuesta la última noche por Hernán, quedó sin realizar. La idea era volver a subir al Mirador para hacer un "vivac", es decir, pasar la noche afuera, en bolsa de dormir. Pero la sugerencia no tuvo quórum, tal vez gracias a la seguidilla de anécdotas sobre feroces y truculentos ataques de Yaguareté, que contó el mismo Hernán antes que pudiésemos aprobar su moción.

Finalmente, Nico y yo organizamos nuestra propia salida "nocturna". La última madrugada, a eso de las 6:15 nos despertamos, nos vestimos, y nos alejamos sigilosamente del campamento, con linternas y binoculares, cuando aún era bien de noche. Queríamos subir por el arroyo Aguas Negras en la oscuridad. Nuestro propósito era tratar de avistar alguno de los tantos mamíferos que dejaban sus huellas en el arroyo. Caminamos por más de una hora entre las piedras, y en muchos lugares encontramos huellas de diversos

tamaños y formas, pero no advertimos ningún animal en movimiento. Nuestro ruidoso avance, precedido por el haz de las linternas, seguramente alejaba a cualquiera de estos seres desconfiados, así que nos apostamos a esperar detrás de unas rocas. Luego de recuperar fuerzas avanzamos algo más y nos sentamos en otro descanso, pero nunca vimos los preciados mamíferos. La llegada del amanecer minimizaba toda probabilidad de observación de estos animales, cuyos hábitos son casi siempre nocturnos. Algo desilusionados, volvimos hacia el campamento. En una barranca vimos un magnífico Picaflor Cometa, pero su presencia apenas logró levantar nuestro ánimo. En una próxima oportunidad tendremos que acampar al borde del río, cerca de esas pisadas que tanto nos ilusionaron.

Volvimos al campamento, y desayunamos vergonzosamente tarde, mientras intentábamos convencer a los campamentistas incrédulos que no habíamos sido los últimos en despertarnos, sino los únicos en madurar...

Mientras tanto, se acercaba la hora del desarme del campamento. Que triste ver como este lugar, que ya tenía cuerpo y alma propios, se iba desmontando, envolviendo y empacando, volviendo a quedar el terreno pelado y desierto, tal como lo habíamos visto hacía apenas cuatro días atrás.

Almorzamos por última vez al aire libre en el corazón de la selva. El mediodía estaba hermoso, soleado y muy agradable, invitando a una sobremesa para esquivar la penosa tarea de empaque que teníamos por delante. Charlábamos tendidos desprolijamente sobre los bancos, relajados, disfrutando de los rayos solares entrecortados que llegaban a través de las altas ramas. Algunos de nosotros aún comíamos el postre: una naranja.

De repente... ¡un grito!

Instantáneamente se produjo una estampida humana. En menos de dos segundos no quedaba nadie en las mesas. Todos corríamos en una misma dirección, y a la cabeza, Germán, disparado como para ganar el premio de los 100 metros llanos. ¿Dónde está? ¿Qué es? Las indicaciones eran hacia la punta, hacia el sudeste. Siempre listo, había almorzado con los binoculares sobre la mesa, así que los traje conmigo cuando corrí. Y bien que me fueron útiles entonces...

No era el único. Todos estaban con su equipo, mirando al mismo lugar del cielo. Allí, no muy alto, pero ya algo alejado, un águila. Volaba con fuertes y prolijos aleteos sobre el valle de piedras del San Lorenzo, alejándose. En esta actitud de vuelo, vista de atrás, el ave muestra poco perfil visible y las alas son meras líneas oscuras. No se delata detalle alguno que permita identificar la especie. "¡Girate!" "¡Dejame verte!" "¡Mostrate!". Con diversas interjecciones los observadores suplicaban y ordenaban al águila que realice alguna maniobra. Pero el águila astutamente continuó en fuga. Finalmente se posó en un árbol ubicado del otro lado del río, ciertamente a más de 300 metros de nuestra posición. Al hacerlo, bajó su cola, desplegándola, lo que permitió que viéramos, por un instante pero con toda claridad, una banda blanca medianamente ancha sobre un fondo casi negro. Era el único detalle visual contundente, y nos permitía descartar muchas especies, quedando en juego solamente dos candidatos: Águila Coronada y Águila Solitaria.

Con el ave detenida cambiaron los tiempos. Mientras algunos seguían observando con sus binoculares, por si el ave giraba o tomaba vuelo nuevamente, otros buscaban el máximo acercamiento por medio del telescopio. A 15 segundos de la disparada humana, el aparato óptico, con su gran trípode, ya estaba en posición. Nunca supe quién se ocupó de buscarlo, pero ya se había organizado una cola para observar a través de esta potente lente. Sin embargo, en estos momentos únicos son los expertos quienes deben tener prioridad: todos queríamos ver de cerca al águila, pero era más importante determinar primero de cual especie se trataba. A partir de lo que veían en la imagen muy ampliada - si bien algo sufrida a causa de la gran distancia, los especialistas se debatían si se confirmaban o no la presencia de diversas características apenas discernibles, fundamentales para determinar la especie. ¿Tiene o no tiene corona? ¿El color es negro o gris oscuro?

La cola de observadores detrás del telescopio nunca se achicaba. "Vamos. Miren y pasen. Cuento hasta dos. Uno. Dos. El siguiente. No toquen el ajuste. ¡Alec! ¿Oíste? No se toca. Pasen." Germán también es un excelente administrador de recursos escasos...

El ave despegó, y voló a otro árbol aún más distante. Ya casi no tenía sentido estar mirando. Finalmente levantó vuelo de nuevo y desapareció.

Ahora, de manera tan oportuna como había aparecido el telescopio, apareció en escena un grueso tomo de consulta que trataba sobre aves andinas. La cuidadosa comparación de los textos e ilustraciones del libro con lo que habíamos visto ayudaron a dilucidar el enigma. El veredicto final recayó sobre el Aguila Coronada, una de las más preciadas rapaces.

Los observadores ya no teníamos excusa ni motivos para quedarnos en este campamento. El retorno a nuestro comedor sería para comenzar ya a juntar enseres y empacar. Pero la lección del avistaje había sido notable: cuando todos pensábamos que Calilegua ya no tenía nada más que ofrecernos, la selva nos brindó una de sus mejores joyas.

Pronto comenzó la triste peregrinación hacia el micro. Nos subimos al vehículo, nos ubicamos en nuestros lugares respectivos, y pronto el micro partía, dejando atrás pilas de recuerdos. A medida que avanzamos hacia la ruta pavimentada pude confirmar la existencia de amplios cultivos de caña de azúcar y diversos frutales, ahí nomás, a pocas cuadras del Parque Nacional.

Pero aún quedaba por delante la segunda etapa de nuestro viaje: una breve visita a la bellísima Quebrada de Humahuaca, y un asalto a la puna. Partimos entonces en dirección sur por la planicie. Luego hacia el oeste, pasando la ciudad de Jujuy, y de vuelta hacia al norte. Ya transitábamos por el

enorme valle del río Grande que corre encajonado en ambas márgenes por proliferas cadenas de cerros rocosos. Esta era la famosa Quebrada de Humahuaca. Avanzamos por este valle bordeado de aridez hasta llegar a Tilcara, en total, unas 4 horas de viaje. ¡Que contraste con las húmedas y frondosas montañas selváticas a que nos había acostumbrado Calilegua!

Era la primera vez que recorría esta zona, y me dislumbraba el colorido de las altas montañas que demarcaban el valle. El camino iba siempre en leve ascenso por áreas totalmente desérticas, solamente vegetadas por enormes cardones que se hacían cada vez más abundantes.

Finalmente llegamos a Tilcara, donde nos hospedamos en el Hotel Pucará. Luego de asignar las habitaciones, nos bañamos y salimos a recorrer la ciudad para cenar. Recuerdo las exquisitas empanaditas y el gusto tan típico del "tamal". Tan deliciosa estaba la cena, que confieso que comí en exceso. Y luego la pesadez me despertó a la noche, con la sensación que mi digestión había sido detenida totalmente.

Al otro día oí que no era recomendable comer demasiado, especialmente cuando se piensa hacer una excursión a lugares altos como Abra Pampa, a 3.500 m de altura, por que uno puede terminar seriamente apunado. Y Abra Pampa era precisamente nuestro próximo destino...



Cultivos de Caña: (1) Desde el Mirador, y (2) Desde el camino de acceso



Selvas de Calilegua

* * *

Capítulo 8 - La Puna

Viernes 27 a las 8:00

No debí haber desayunado, pero las tostaditas con manteca y dulce fueron una tentación. Y me habría alcanzado con tomar solamente una taza de café. Pero sin darme cuenta, seguí sobrecargando mi sistema digestivo prácticamente paralizado.

Pronto estábamos en el micro, avanzando de nuevo hacia el norte por la enorme quebrada, y en ascenso. Me encantaba la idea de visitar las alturas extremas. Pero parece que mis mecanismos biológicos no estaban en todo de acuerdo. En forma preventiva había aceptando un generoso ofrecimiento de hojas de coca, y ya se habían convertido en un "bollito", disimuladamente escondido en mi mejilla derecha.

Tras casi una hora pasamos la ciudad-pueblo de Humahuaca, y pronto salimos del gran valle y comenzamos a ascender más vertiginosamente. El paisaje de hermosos y escarpados cordones de montañas compuestos de rocas de gran colorido comenzó a ceder. Ahora era más frecuente ver suaves lomadas cubierta por una vegetación baja de coriones, similar a partes de la estepa patagónica. Pero en la distancia siempre había picos o cerros que sobresalían de la ya altísima meseta. Estábamos en la puna.

Y me apuné. La falta de oxígeno socavaba mi salud. Me sentía flojo, débil, mareado y con leve malestar. Cualquier maniobra que intentaba realizar significaba un esfuerzo titánico. Solamente encontraba gran alivio cuando efectuaba un suave y sostenido jadeo: así la respiración forzada aportaba a mis pulmones más litros del diluido aire. Pero no podía realizar este ejercicio permanentemente, puesto que también era cansador.

Tenía la clara sensación que mi "sistema operativo", aquel controlador inconsciente que determina la actividad de las funciones vitales, había procedido a desconectar diversos "servicios" no esenciales. La digestión ya había sido suspendida hace mucho. Evidentemente todo esfuerzo físico consume oxígeno, pero ahora tenía pruebas que las actividades mentales también lo hacen, por que muchas facultades de la razón fueron dados de baja transitoriamente: equilibrio, memoria, calculadora, motricidad fina, gusto, orientación espacial, dicción, sensatez... Ya quedaba muy poco de mí. Mi situación era similar a

la de una nave espacial tripulada que anda con problemas de suministro eléctrico, cuando los controladores terrestres apagan sistemáticamente todo equipamiento que no sea esencial para el sustento de la vida.

Pero también comprobé que mis prioridades estaban muy bien asignadas: ¡nunca perdí la voluntad de observar aves ni la habilidad de identificarlas! Sin embargo debo admitir que me costaba mucho concentrarme en cualquier proceso intelectual.

El micro pasó Abra Pampa y unos minutos más adelante se detuvo al costado de la ruta. Estábamos frente a una gran laguna que se extendía a la derecha del camino. El agua estaba a cierta distancia, así que apenas podíamos distinguir la numerosa población de aves acuáticas que lo habitaban, visibles como delicados puntitos casi blancos. Era la laguna de Runtuyóc.

Yo era el único del grupo en sentirme tan mal, pero no me iba a perder esta caminata. Allí, en ese campo de pastos semi-inundados, habitaban diversas especies de aves específicas de este hábitat, y que por lo tanto yo nunca había visto antes. Entre las vedettes de este destino figuraban tres especies de flamencos, de las cuales dos viven y crían a sus pichones solamente en estas desoladas lagunas de altura: la Parina Grande y la Parina Chica. Ya de por sí muy raras, temo que estén destinadas a desaparecer algún día, como tantos otros de nuestros bichos, cuando el rebalse poblacional de la especie humana alcance la puna. Al visitar por primera vez este lugar parece imposible que ello ocurra, pero tarde o temprano les llegará su hora. Por lo pronto, la localidad de Abra Pampa es el bastión de vanguardia, cuya solitaria existencia en esa planicie azotada por vientos de nitrógeno parece incomprensible. Pero evidentemente hay gente que necesita o quiere vivir allí.

Cuando el micro se detuvo al costado del camino, descendimos. Lo primero que hice fue acercarme a una pastora que, perdida en la inmensidad puneña, atendía allí un rebaño de ovejas junto a su pequeño hijo. Intercambiamos algunas palabras, aunque confieso que me resultaba muy difícil entender su forma de hablar el español. Se llamaba Sebastiana, y pagaba al terrateniente un animal al

mes por el derecho de pastoreo. Vestía prendas de gran colorido, muy típicas. Tras tomar un par de fotos, nos despedimos.

El grupo avanzaba hacia la laguna. Me costaba horrores tratar de alcanzar a los primeros, quienes cargaban ahora dos telescopios, indispensables para la observación dada la distancia que había que mantener entre aves y observadores. No vaya a ser que la bandada levante vuelo...

Delante de nosotros deambulaban docenas de flamencos, todos disfrazados como bailarinas con trajecito rosado. Pero... ¿Cuál era la especie que estábamos observando? Las tres variedades son muy similares y, al tratar de diferenciarlas, no se llegaba a un consenso. Se instaló un encendido debate entre los que más sabían. Era de esperar que la más común de las especies, el flamenco austral, aportaría la mayor cantidad de individuos. Y convencidos de la validez de esta hipótesis, los especialistas no llegaban a identificar un solo individuo de las dos especies más raras.

De repente, uno del grupo observó lo que sin lugar a dudas era un ejemplar de la especie más común, claramente diferenciado: Comprendimos entonces que la casi totalidad de los flamencos que teníamos delante nuestro eran Parina Chica. ¡Que magníficas rarezas! La ley de probabilidades - y tal vez una dosis de apunamiento - había logrado engañar momentáneamente hasta los más avezados.

Observamos también otras especies únicas, pero la belleza de los flamencos las eclipsaba. Se veían por doquier, sobre la enorme laguna enmarcada por distantes cerros. Estas grandes aves de piernas largas y frágiles caminaban por la laguna pantanosa, alimentándose de crustáceos acuáticos.

Observamos que algunas partes de la laguna estaban aún congeladas, constituyendo una pista de patinaje natural. Cuando el viento soplabá, los flamencos que caminaban encima del hielo derrapaban por falta de un punto de anclaje. Se veían obligados a realizar todo tipo de maniobras de equilibrio: desenvolvían sus alas y entrecruzaban sus piernas como bailarines de tango ornamental.

Otras veces dos o tres ejemplares nos demostraron su majestuoso vuelo, exponiendo el intenso carmín de sus alas al efectuar un batido lento, mientras que sus piernas se extendían hacia atrás, perfectamente horizontales. ¡Que extraña y hermosa forma tienen al volar! El rosado del cuerpo con-

trastaba con el profundo color del cielo que, a estas alturas, tomaba un tono saturado, casi azul marino. Es que aquí arriba estábamos casi en órbita...

Así transcurrió una mañana soleada y fresca, inmersos dentro de un cuadro surrealista de extraños colores.

El apunamiento me aquejó todo el tiempo, aunque los ejercicios respiratorios me devolvían momentáneamente la salud, como en un extraño sube y baja. En un momento el malestar parecía ser una dolencia incurable, y la buena salud tan solo un distante recuerdo que, sin mucha esperanza, ansiaba con recuperar. Y luego de incrementar voluntariamente la respiración, franqueaba una frontera invisible y, de repente, advertía haber recuperado la salud. Entonces la sensación era precisamente la inversa: al sentirme bien ya no comprendía cómo era posible que segundos atrás haya estado tan mal, ni recordaba claramente cuales eran las dolencias. Pero con seguridad nuevamente volvería a caer en la desdicha.

Me separé del grupo para iniciar, a mi propio ritmo, el largo camino de regreso al micro. Entonces sobrevoló un hermoso Cóndor, el único que vi en todo el viaje. Ya cerca de la ruta me puse a perseguir un pequeño pajarito marrón, de esos que son muy difíciles de identificar, y que recorría por el suelo entre los arbustos bajos. Tras mucha persecución, mechada de cortos e imperfectos avistajes, me animé a proclamar un veredicto: Canastero Pálido. Me sentí muy orgulloso cuando, al acercarse el resto de los integrantes, los grandes conocedores confirmaron mi identificación. Lo notable es que les bastaba apenas una rápida miradita para anunciar la especie con total certeza. En cambio yo había demorado más de un cuarto de hora.

Tras almorzar unos sándwichs al borde del camino, retomamos hacia Abra Pampa, y desde el pueblo nos desviamos un par de kilómetros hacia el oeste, para visitar otras lagunas. Allí estuvimos apenas una hora. Fuimos bendecidos con la presencia de la hermosa Avoceta Andina, una Gaviota Puneña, y pudimos completar la especie faltante de flamenco, la Parina Grande.

Aquí observamos como, por efecto de una identificación inicialmente errónea, una rarísima y distante Gallareta Gigante se transmutó en Pollona Negra, posiblemente el ave acuática más común del mundo...

La curiosa Avoceta Andina es una de las aves más bonitas. Es una zancuda de tamaño mediano, más alta y vistosa que un Tero. El color de su cabeza y cuerpo es un blanco impecable, y tiene las alas, espalda y cola negras. La vimos recorriendo una laguna de escasa profundidad, alimentándose de bichitos acuáticos. Los atrapa por medio de un insistente movimiento lateral de su cabeza, con el pico sumergido. He aquí uno de los rasgos más notables de esta especie: su pico, fino y bastante largo, se curva hacia arriba. De esta manera, cuando camina por el agua con el cuello agachado, el pico queda prácticamente paralelo a la superficie del agua, donde supuestamente encuentra más alimento. En contraste, los flamencos tienen el pico fuertemente encorvado hacia abajo, pero curiosamente logran así prácticamente el mismo resultado: cuando se agachan en el agua,

quedando su cuello casi vertical, el pico termina apuntando hacia atrás, y entonces nuevamente queda casi paralelo a la superficie, lo que evidentemente les es útil para atrapar crustáceos.

Pronto estaríamos volviendo, dejando atrás este mágico enclave puneño. Al promediar nuestro descenso al valle recuperé mi salud, y diría que experimenté lo que se siente al entrar en una carpa de oxígeno. Volvieron a aparecer los cardones, llegamos al valle, y nos detuvimos en Humahuaca donde pudimos adquirir alguna artesanía. A las 8 de la noche llegamos a Tilcara. En esta última noche cenamos en un local con buena música en vivo, disfrutando más empanadas y tamales Jujenos mientras otros se empenetraban en un auténtico guiso de llama.



Cardones en el Pucará, cerros de la Quebrada, pirca, tinajas, cardón (en Purmamarca), capilla y nuestro micro

* * *

Capítulo 9 - Pucará y Retorno a Casa

Sábado 29 a las 8:30

Tras el desayuno, salimos a recorrer el "Pucará de Tilcara", ubiado a varias cuadras del hotel. El Pucará es una gran loma, hoy poblada de gran cantidad de cardones, que fue utilizada como fortaleza en épocas precolombinas. Su ubicación es estratégica por encontrarse en la confluencia de dos grandes bajadas que llevan aguas al Río Grande. En la loma se han reconstruido algunas de las casas con paredes de piedra, y techadas con madera de cardón cubierta de adobe. El Pucará es una de las principales atracciones de Tilcara.

Al llegar al sitio turístico, visitamos primero el Jardín Botánico, que, a pesar de contar con muchos canteros vacíos, tenía una variada colección de cactus. Vimos un ejemplar de Tabaquillo, árbol de la zona que vive también en las alturas cordobesas, donde ha sido depredado. Es notable por que su corteza se descascara como piel de cebolla. Había diversas hierbas y arbustos, y nos divertimos golpeando la curiosa "Piedra Campana" que emite una afinada nota sonora.

Luego recorrimos la lomada, prestando más atención a las aves y al paisaje que al aspecto arqueológico. A la salida concurrimos a las tiendas para elegir algunas artesanías. Estaba muy atraído por las tinajas, y conseguí una a muy buen precio. Ya volviendo a la ciudad, sobre el puente adquirí a unas niñas locales un pequeño fragmento de roca con un antiquísimo y minúsculo fósil de Trilobyte.

De vuelta al hotel comenzamos a empacar las cosas. Salimos a caminar por las somnolientas calles de Tilcara en busca de un lugar para nuestro último almuerzo. Después volvimos al hotel y, antes de lo imaginado, ya estábamos instalados en el asiento del micro. Había comenzado la vuelta...

Pero no era el final de las observaciones, por que nos detendríamos un par de veces por el camino. Primero en Purmamarca, donde realicé velozmen-

te una acuarela y tomé una serie de fotos concenadas de las montañas tan coloridas, esperando que con ellas podría reconstruir un panorama.

Más al sur, casi llegando a la Ciudad de Jujuy, las laderas de las montañas comenzaban a presentar vegetación más tupida, casi selva. Nos detuvimos nuevamente a orillas del río Yala, que bajaba de densos bosques, para buscar un elusivo pajarito: el Mirlo de Agua. No apareció, pero la caminata a lo largo del río y entre las piedras resultó muy placentera. Pero sobre todo por lo emotiva: la luz del día ya se iba, y llegaba el momento en que tendríamos que despedirnos forzosamente del noroeste argentino: sus paisajes, sus aves, sus ríos, sus selvas. No había forma de evitar la vuelta.

De repente se me ocurrió una idea: no abordaría el micro. Me quedaría aquí, sentado indefinidamente sobre las piedras al borde del río...

Pero sin embargo, pronto me hallaba durmiendo en el cómodo asiento, rumbo a casa.

Cenamos, dormimos y desayunamos. Amaneció con una fuerte neblina, y observamos más de un accidente, seguramente causado por este problema, y fuimos obligados a desviar a otra ruta más al sur. Finalmente estábamos en la autopista Panamericana. Almorzamos de nuevo en San Nicolás, donde había tropezado hacía una semana. Y pronto estábamos sorteando el tráfico en el acceso final a Buenos Aires. Un viaje de descubrimiento había llegado a su fin. A las 5 de la tarde del Domingo el remise nos dejó en la puerta de casa. Y comenzamos a recordar vivencias. ¿Volveré alguna vez a estos parajes?

FIN



Arañero Ceja Amarilla (*Basileuterus signatus*)
Fotografiado en Mesada de las Colmenas